



Henry James

Pandora



E LEJANDRIA



Henry James

Pandora

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

PANDORA

HENRY JAMES

PUBLICADO: 1879
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PARTE I

Desde hace mucho tiempo es costumbre en los vapores de la North German Lloyd, que transportan pasajeros de Bremen a Nueva York, fondear durante varias horas en el agradable puerto de Southampton, donde su cargamento humano recibe numerosas incorporaciones. Un inteligente joven alemán, el conde Otto Vogelstein, no sabía bien, hace unos años, si condenar esta costumbre o aprobarla. Se inclinaba sobre la borda del Donau mientras los pasajeros americanos cruzaban la plancha —los viajeros que embarcan en Southampton son principalmente de esa nacionalidad— y, con curiosidad, indiferencia, vagamente, a través del humo de su cigarro, los veía absorbidos por la enorme capacidad del buque, donde tenía la agradable conciencia de que su propio nido estaba confortablemente hecho. Observar desde un punto ventajoso las dificultades de los recién llegados —de los desinformados, los desprovistos, los desconcertados— es una ocupación no exenta de dulzura, y no había nada que mitigara la complacencia con la que nuestro joven amigo se entregaba a ella; nada, es decir, salvo una benevolencia natural que aún no había sido extinguida por la conciencia de la grandeza oficial. Pues el conde Vogelstein era oficial, como creo que habrían deducido por la rectitud de su espalda, el brillo de sus ligeras y elegantes gafas, y algo discreto y diplomático en la curva de su bigote, que parecía como si bien pudiera contribuir a la principal función, como dicen los cínicos, de los labios: el ocultamiento del pensamiento. Había sido nombrado secretario de la legación alemana en Washington, y en estos primeros días del otoño iba a tomar posesión de su cargo. Era un carácter modélico para tal propósito: serio, cortés, ceremonioso, rígido, inquisitivo, repleto de conocimientos y convencido de que en la actualidad el imperio alemán es el

país más evolucionado del mundo. Sin embargo, era plenamente consciente de las pretensiones de los Estados Unidos, y de que esta porción del globo presentaba un enorme campo de estudio.

El proceso de indagación ya había comenzado, a pesar de que aún no había hablado con ninguno de sus compañeros de viaje, pues Vogelstein indagaba no solo con la lengua; indagaba con los ojos (es decir, con sus gafas), con los oídos, con la nariz, con el paladar, con todos sus sentidos y órganos. Era un joven excelente, y su único defecto era que no poseía un gran sentido del humor. Tenía, no obstante, el suficiente para sospechar esta deficiencia, y era consciente de que estaba a punto de visitar a un pueblo sumamente humorístico. Esta sospecha le infundía cierta desconfianza sobre lo que pudiera decirse de él; y si la circunspección es la esencia de la diplomacia, nuestro joven aspirante prometía. Su mente contenía varios millones de hechos, empaquetados con demasiada densidad para que la ligera brisa de la imaginación pudiera filtrarse a través de la masa. Estaba impaciente por presentarse ante su superior en Washington, y la pérdida de tiempo en un puerto inglés solo podía incomodarlo, en la medida en que el estudio de las instituciones inglesas no formaba parte de su misión. Pero, por otro lado, el día era encantador; el mar azul, en las aguas de Southampton, salpicado por doquier de luz, no tenía más movimiento que el de su infinito destello. Y no estaba en absoluto seguro de que fuera a ser feliz en los Estados Unidos, donde sin duda se encontraría desembarcado muy pronto. Sabía que esta no era una cuestión importante, y la felicidad era un término científico, que se avergonzaba de usar incluso en el silencio de sus pensamientos. Pero perdido en la multitud desconsiderada, y sintiéndose ni en su propio país ni en aquel ante el cual estaba en cierto modo acreditado, se veía reducido a su mera personalidad; de modo que, por el momento, para completarse, intentó formarse una opinión sobre el tema de este retraso al que el vapor alemán estaba sometido en aguas inglesas. Le pareció que podría demostrarse que era considerablemente mayor de lo que la ocasión exigía.

El conde Vogelstein era aún lo suficientemente joven en la diplomacia como para considerar necesario tener opiniones. Tenía, de hecho, muchísimas, que se habían formado sin dificultad; las había recibido ya hechas de una línea de antepasados que sabían lo que les gustaba. Esta era, por supuesto —y él lo habría admitido—, una forma acientífica de amueblar la mente. Nuestro joven era un conservador rígido, un Junker de pura cepa;

consideraba la democracia moderna una fase temporal, y esperaba encontrar muchos argumentos en su contra en los Estados Unidos. Respecto a estas cosas, le complacía sentir que, con su completa formación, se le había enseñado a fondo a apreciar la naturaleza de la evidencia. El barco estaba densamente cargado de emigrantes alemanes, cuya misión en los Estados Unidos difería considerablemente de la del conde Otto. Se agolpaban en las bordas, densamente agrupados; se inclinaban hacia adelante sobre los codos durante horas, con los hombros al nivel de las orejas; los hombres con gorras de piel, fumando pipas de cazoleta larga; las mujeres con bebés escondidos en sus chales. Algunos eran alemanes rubios y otros morenos, y todos parecían grasientos y apelmazados por la humedad del mar. Estaban destinados a engrosar la corriente de la democracia occidental; y el conde Vogelstein sin duda se dijo a sí mismo que no mejorarían su calidad. Su número, sin embargo, era sorprendente, y no sé qué pensó sobre la naturaleza de esta evidencia.

Los pasajeros que subieron a bordo en Southampton no eran de la clase grasienta; en su mayoría eran familias americanas que habían pasado el verano, o un período más largo, en Europa. Llevaban una gran cantidad de equipaje, innumerables bolsas, mantas, cestos y sillas de cubierta, y estaban compuestos en gran parte por damas de diversas edades, un poco pálidas por la expectación, envueltas en chales de rayas y coronadas con sombreros muy altos y plumas. Correteaban de un lado a otro por la pasarela, buscándose unas a otras y sus bultos dispersos; se separaban y se reunían, exclamaban y declaraban, observaban con consternación a los ocupantes del entrepuente, que parecían lo suficientemente numerosos como para hundir el barco, y sus voces sonaban débiles y lejanas al llegar al oído de Vogelstein por encima de los costados alquitranados del buque. Observó que en el nuevo contingente había muchas jóvenes, y recordó lo que una dama en Dresde le había dicho una vez: que América era un país de muchachas. Se preguntó si eso le gustaría, y reflexionó que sería una cuestión a estudiar, como todo lo demás. Había conocido en Dresde a una familia americana, en la que había tres hijas que solían patinar con los oficiales, y algunas de las damas que ahora subían a bordo le parecieron de esa misma costumbre, excepto que en los días de Dresde las plumas no se llevaban tan altas.

Al fin, el barco empezó a crujiir y a moverse lentamente, y la demora en Southampton llegó a su fin. Se retiró la pasarela y el buque se entregó a las

torpes evoluciones que debían separarlo de tierra. El conde Vogelstein había terminado su cigarro y pasó un largo rato paseando arriba y abajo por la cubierta superior. La encantadora costa inglesa pasaba ante él, y sintió que aquello era lo último del viejo mundo. La costa americana también podría ser bonita — apenas sabía qué se podía esperar de una costa americana —; pero estaba seguro de que sería diferente. Las diferencias, sin embargo, eran la mitad del encanto de viajar. Por el momento, en verdad, había muy pocas en el vapor. La mayoría de sus compañeros de viaje parecían ser de la misma convicción, y esa convicción, la menos susceptible de error. Eran judíos y comerciantes, sin excepción. Y para entonces ya habían encendido sus cigarros y se habían puesto toda clase de gorras marineras, algunas de ellas con grandes orejeras, que de alguna manera tenían el efecto de resaltar su peculiar tipo facial. Finalmente, los nuevos viajeros comenzaron a emerger de abajo y a mirar a su alrededor, vagamente, con esa expresión de recelo en el rostro que se percibe en los recién embarcados, y que, dirigida a la tierra que se aleja, se asemeja a la de una persona que comienza a percibir que es víctima de un engaño. La tierra y el océano, en tales miradas, son objeto de una objeción general, y muchos viajeros, en estas circunstancias, tienen un aire a la vez de engañados y superiores, que parece decir que podrían desembarcar fácilmente si quisieran.

Aún faltaban dos horas para la cena y, para cuando las largas piernas de Vogelstein habían medido tres o cuatro millas en la cubierta, estaba listo para acomodarse en su silla de cubierta y sacar de su bolsillo una novela de Tauchnitz de un autor americano, cuyas páginas, le habían asegurado, le ayudarían a prepararse. En el respaldo de su silla estaba pintado su nombre con letras bastante grandes, siendo esta una precaución tomada por recomendación de un amigo, quien le había dicho que en los vapores americanos los pasajeros — especialmente las damas — no tenían reparo en apropiarse de las pequeñas comodidades de uno. Su amigo incluso le había dicho que, en su lugar, habría mandado pintar su corona. Este cínico consejero había añadido que a los americanos les impresiona mucho una corona. No sé si fue escepticismo o modestia, pero el conde Vogelstein había omitido esta enseña de su rango; el precioso mueble que, en la travesía atlántica, se espera que permanezca firme entre las conmociones generales, estaba blasonado simplemente con su título y nombre. Sucedió, sin embargo, que el blasón era enorme; el respaldo de la silla estaba cubierto con enormes caracteres alemanes. Esta vez no cabe duda: fue la modestia lo que hizo que

el secretario de la legación, al colocarse, girara esta parte de su asiento hacia afuera, lejos de los ojos de sus compañeros, para presentarlo a la barandilla de la cubierta. El barco pasaba junto a las Needles, el hermoso punto más extremo de la Isla de Wight. Ciertos altos conos de roca blanca se elevaban del mar púrpura; se sonrojaban a la luz de la tarde, y su vago rosicler les daba una especie de expresión humana, frente a la fría extensión hacia la que se dirigía el barco; parecían decir adiós, ser la última nota de un mundo poblado. Vogelstein los vio muy cómodamente desde su lugar y, después de un rato, volvió los ojos hacia el otro cuadrante, donde el cielo y el mar entre ambos apenas lograban ofrecer una pobre oposición. Incluso su novelista americano era más entretenido que aquello, y se dispuso a regresar a este autor. En la gran curva que describió, sin embargo, su mirada fue detenida por la figura de una joven dama que acababa de subir a cubierta y que se detuvo en la entrada de la escotilla.

En sí mismo, esto no era un fenómeno extraordinario; pero lo que atrajo la atención de Vogelstein fue el hecho de que la joven parecía haber fijado sus ojos en él. Era esbelta, vestida con colores vivos y bastante bonita; Vogelstein recordó en un momento que la había notado entre la gente en el muelle de Southampton. Ella muy pronto vio que él la estaba mirando; entonces empezó a moverse por la cubierta con un paso que parecía indicar que venía directamente hacia él. Vogelstein tuvo tiempo de preguntarse si podría ser una de las muchachas que había conocido en Dresde; pero pronto reflexionó que ahora serían mucho mayores que esta. Era cierto que venían directamente hacia uno, de esa manera. Esta joven dama, sin embargo, ya no lo miraba y, aunque pasó cerca de él, ahora estaba tolerablemente claro que había subido simplemente para echar un vistazo general. Era una muchacha vivaz, apuesta y competente, y deseaba ver qué se podía pensar del barco, del tiempo, del aspecto de Inglaterra, desde una posición como aquella; posiblemente incluso de los compañeros de viaje. Se satisfizo rápidamente en estos puntos, y luego miró a su alrededor, mientras caminaba, como si estuviera en busca de un objeto perdido; de modo que Vogelstein pronto vio que para eso había subido realmente. Pasó de nuevo cerca de él, y esta vez casi se detuvo, con los ojos fijos en él atentamente. Pensó que su conducta era notable, incluso después de haber percibido que no era a su rostro, con su bigote rubio, a lo que miraba, sino a la silla en la que estaba sentado. Entonces volvieron a él aquellas palabras de su amigo, el discurso sobre la gente, especialmente las damas, en los vapores americanos, que se

apropiaban de las pequeñas pertenencias de uno. Especialmente las damas, bien podría decir; pues aquí había una que aparentemente deseaba quitarle de debajo la mismísima silla en la que estaba sentado. Temió que se la pidiera, así que fingió leer, sin encontrar su mirada. Era consciente de que ella rondaba cerca de él, y sentía curiosidad por ver qué haría. Le pareció extraño que una muchacha de tan buen aspecto (pues su apariencia era realmente encantadora) se esforzara con artes tan flagrantes por atraer la atención de un secretario de legación. Al fin, se hizo evidente para él que ella intentaba mirar de soslayo, por así decirlo, tratando de ver qué estaba escrito en el respaldo de su silla. «¡Quiere averiguar mi nombre; quiere ver quién soy!». Esta reflexión cruzó su mente y le hizo levantar la vista. Sus ojos se posaron en los de ella, que durante un momento apreciable no apartó. Estos últimos eran brillantes y expresivos, y coronaban una delicada nariz aguileña que, aunque bonita, era quizás un poquito demasiado de halcón. Era la coincidencia más extraña del mundo; la historia que Vogelstein había tomado trataba de una muchachita americana, frívola y atrevida, que se planta frente a un joven en el jardín de un hotel. ¿No era la conducta de esta joven dama un testimonio de la veracidad del cuento, y no estaba Vogelstein mismo en la posición del joven del jardín? Aquel joven terminaba hablando con su agresora (como podría llamársela), y después de una brevísima vacilación, Vogelstein siguió su ejemplo. «Si quiere saber quién soy, bienvenida sea», se dijo a sí mismo; y se levantó de la silla, la agarró por el respaldo y, dándole la vuelta, mostró la inscripción a la muchacha. Ella se sonrojó ligeramente, pero sonrió y leyó su nombre, mientras Vogelstein se quitaba el sombrero.

—Le estoy muy agradecida. Está perfecto —comentó ella, como si el descubrimiento la hubiese hecho muy feliz.

A él, en efecto, le parecía perfecto ser el conde Otto Vogelstein; esto incluso parecía un modo bastante frívolo de despachar el hecho. A modo de réplica, le preguntó si deseaba su asiento.

—Le estoy muy agradecida; por supuesto que no. Pensé que tenía una de nuestras sillas, y no me atrevía a preguntarle. Se parece exactamente a una de las nuestras; no tanto ahora como cuando usted se sienta en ella. Por favor, siéntese de nuevo. No quiero molestarle. Hemos perdido una de las nuestras, y la he estado buscando por todas partes. Se parecen tanto; no se puede saber hasta que se ve el respaldo. Por supuesto, veo que no habrá er-

ror con la suya —continuó la joven, con una franca sonrisa—. Pero tenemos un nombre tan pequeño... apenas se puede ver —añadió, con la misma amable intención—. Nuestro apellido es Day. Si ve eso en algo, le agradecería mucho que me lo dijera. No es para mí, es para mi madre; depende tanto de su silla, y esa que busco se despliega tan maravillosamente. Ahora que usted se sienta de nuevo y oculta la parte inferior, sí que se parece a la nuestra. Bueno, debe estar en alguna parte. Discúlpeme; le estoy muy agradecida.

Este fue un discurso largo e incluso confidencial para que una mujer joven, presumiblemente soltera, se lo hiciera a un completo extraño; pero la señorita Day se desenvolvió con perfecta sencillez y aplomo. Mantuvo la cabeza erguida y se alejó, y Vogelstein pudo ver que el pie que apoyaba sobre la cubierta limpia y lisa era esbelto y bien formado. La vio desaparecer por la escotilla por la que había ascendido, y se sintió más que nunca como el joven de su cuento americano. La muchacha del caso presente era mayor y no tan bonita, como pudo juzgar fácilmente, pues la imagen de sus ojos sonrientes y sus labios elocuentes aún flotaba ante él. Volvió a su libro con la sensación de que le daría alguna información sobre ella. Esto era bastante ilógico, pero indicaba cierta curiosidad por parte del conde Vogelstein. La muchacha del libro tenía una madre, al parecer, y también esta joven dama; la primera también tenía un hermano, y ahora recordó que había notado a un joven en el muelle —un joven con sombrero de copa y un abrigo blanco— que parecía unido a la señorita Day por este lazo natural. Y había alguien más también, según fue recordando gradualmente, un hombre mayor, también con sombrero de copa, pero con un abrigo negro —de negro por completo—, que completaba el grupo, y que presumiblemente era el cabeza de familia. Estas reflexiones indicarían que el conde Vogelstein leía su volumen de Tauchnitz de forma bastante interrumpida. Además, representaban una considerable pérdida de tiempo; pues, ¿no iba a estar a flote en una caja oblonga, durante diez días, con tales personas, y cabía dudar de que no las vería al menos lo suficiente?

Más vale decir sin demora que los vio muchísimo. He descrito con cierta precisión las circunstancias bajo las cuales conoció a la señorita Day, porque el suceso tuvo cierta importancia para este cándido teutón; pero debo pasar brevemente por alto los incidentes que lo siguieron inmediatamente. Se preguntó qué le estaba permitido hacer, después de tal presentación, con respecto a ella, y decidió que se abriría paso a través de su

cuento americano y descubriría qué hacía el héroe. Pero en muy poco tiempo percibió que la señorita Day no tenía nada en común con la heroína de aquella obra, salvo cierta cualidad local y el hecho de que el sexo masculino no le resultaba terrible. Su cualidad local, en verdad, la tomó más bien por fe que por aprehensión propia. Era nativa de un pequeño pueblo del interior del continente americano, y una dama de Nueva York, que estaba en el barco y con quien tuvo bastante conversación, le aseguró que la señorita Day era excesivamente provinciana. Cómo esta dama averiguó el hecho no apareció, pues Vogelstein observó que no mantenía comunicación alguna con la muchacha. Es cierto que arrojó algo de luz sobre sus procesos al comentarle que ciertos americanos podían decir inmediatamente quiénes eran otros americanos, dejándole a él juzgar si ella misma pertenecía o no a la clase discriminadora. Era una tal señora Dangerfield, una mujer apuesta, confidencial e insinuante, y la conversación de Vogelstein con ella tomó un cariz casi filosófico. Lo convenció, con bastante eficacia, de que incluso en una gran democracia existen diferencias humanas, y de que la vida americana estaba llena de distinciones sociales, de matices delicados, que los extranjeros suelen ser demasiado necios para percibir. ¿Suponía él que todo el mundo conocía a todo el mundo, en el país más grande del mundo, y que uno no era tan libre de elegir sus compañías allí como en las comunidades más monárquicas? Ella se rio con desdén de estas ideas, mientras Vogelstein le cubría bien los pies con su hermosa manta de pieles (se reclinaban juntos mucho tiempo en sus alargadas sillas). Cuán libre era una dama americana para elegir sus compañías lo demostró abundantemente al no conocer a nadie en el vapor salvo al conde Otto.

Él mismo podía ver que el señor y la señora Day no tenían su peculiar sello. Eran personas gordas, sencillas, serias, que se sentaban lado a lado en la cubierta durante horas, mirando directamente al frente. La señora Day tenía el rostro blanco, mejillas grandes y ojos pequeños; su frente estaba rodeada por una multitud de pequeños y apretados rizos negros, y sus labios se movían como si siempre tuviera una pastilla en la boca. Llevaba entrelazado alrededor de la cabeza un artículo que la señora Dangerfield describió como un «nuby», una bufanda de punto rosa que le cubría el peinado y le rodeaba el cuello, teniendo entre sus circunvoluciones un agujero para su rostro perfectamente inexpresivo. Tenía las manos cruzadas sobre el estómago, y en su figura inmóvil y envuelta, sus ojillos como cuentas, que ocasionalmente cambiaban de dirección, representaban solos la vida. Su

marido lucía una barba gris y tiesa en la barbilla, y un labio superior desnudo y espacioso, al que el constante afeitado había conferido una especie de barniz duro. Sus cejas eran espesas y sus fosas nasales anchas, y cuando estaba descubierto, en el salón, se veía que su cabello entrecano era denso y perpendicular. Podría haber parecido bastante sombrío y truculento, si no hubiera sido por la mirada apacible, familiar y complaciente con la que sus grandes pupilas de color claro —los ojos pausados de un hombre silencioso— parecían considerar los objetos circundantes. Evidentemente, era más amigable que fiero, pero era más tímido que amigable. Le gustaba mirarte, pero no habría pretendido entenderte mucho ni clasificarte, y le habría apenado que eso te pusiera bajo una obligación. Él y su esposa hablaban a veces, pero rara vez conversaban, y había algo pasivo y paciente en ellos, como si fueran víctimas de un hechizo. El hechizo, sin embargo, era evidentemente agradable; era la fascinación de la prosperidad, la confianza de la seguridad, que a veces vuelve arrogante a la gente, pero que había tenido un efecto tan diferente en esta pareja sencilla y satisfecha, en la que todo desarrollo ulterior de cualquier tipo parecía haberse detenido.

La señora Dangerfield le contó al conde Vogelstein que cada mañana, después del desayuno, hora en la que él escribía su diario en su camarote, la anciana pareja era conducida escaleras arriba e instalada en su rincón habitual por Pandora. Este había averiguado que era el nombre de su hija mayor, y su descubrimiento le divirtió inmensamente. «Pandora»: eso era en el más alto grado típico; los situaba en la escala social, si hubieran faltado otras pruebas; se podía decir que una muchacha era del interior —el misterioso interior sobre el cual la imaginación de Vogelstein estaba ahora bastante excitada— cuando tenía un nombre como ese. Esta joven dama manejaba a toda la familia, incluso un poco a la pequeña hermana llena de volantes, quien, con ojos audaces, bonitos e inocentes, un torrente de cabello rubio y sedoso, un fez carmesí, como el que usan los turcos varones, muy ladeado sobre él, y una forma de galopar y deambular por el barco con cualquier compañía que pudiera encontrar (tenía piernas largas y delgadas, faldas muy cortas y medias de todos los tonos), regresaba a casa, con elaboradas ropas francesas, para reanudar una educación interrumpida. Pandora supervisaba y dirigía a sus parientes; Vogelstein podía verlo por sí mismo, podía ver que era muy activa y decidida, que tenía en alto grado el sentimiento de responsabilidad y resolvía la mayoría de las cuestiones que podían surgir para una familia del interior.

La travesía fue notablemente buena, y día tras día era posible sentarse allí bajo el cielo salado y sentirse dar la vuelta a las grandes curvas del globo. La larga cubierta formaba una mancha blanca en el agudo círculo negro del océano y en la intensa luz marina, mientras la sombra de las serpentinas de humo temblaba en el suelo familiar, los zapatos de los compañeros de pasaje, ahora distintivos y en algunos casos irritantes, pasaban y repasaban, acompañados, en el aire tan tremendamente «abierto», que volvía todas las voces débiles y la mayoría de las observaciones bastante insípidas, por fragmentos de opinión sobre la marcha del barco. Para entonces, Vogelstein había terminado su pequeña historia americana, y ahora juzgaba definitivamente que Pandora Day no se parecía en nada a la heroína. Era de un tipo completamente diferente; mucho más seria y preocupada, y nada interesada, como él había supuesto, en conocer caballeros. El que le hubiera hablado aquella primera tarde había sido, estaba obligado a creer, un incidente sin importancia para ella; a pesar de haberlo continuado al día siguiente con la observación, lanzada hacia él al pasar, con una sonrisa casi fraternal: «¡Todo en orden, señor! He encontrado esa vieja silla». Después de esto, no le había vuelto a hablar, y apenas lo había mirado. Leía mucho, y casi siempre libros franceses, en fresco papel amarillo; no las formas más ligeras de esa literatura, sino un volumen de Sainte-Beuve, de Renan, o como mucho, a modo de disipación, de Alfred de Musset. Hacía ejercicio con frecuencia, y casi siempre caminaba sola, no habiendo hecho, al parecer, muchos amigos en el barco, y careciendo del recurso de sus padres, quienes, como se ha relatado, nunca se movían del acogedor rincón en el que ella los plantaba para pasar el día.

Su hermano siempre estaba en el fumadero, donde Vogelstein lo observaba, con ropas muy ajustadas, el cuello rodeado por un collar como una empalizada. Tenía un rostro pequeño y afilado, que no era desagradable; fumaba enormes cigarros y comenzaba a beber temprano en el día: pero su apariencia no daba señales de estos excesos. En cuanto al euchre y al póquer, y las otras distracciones del lugar, no era culpable de ninguna. Evidentemente, entendía tales juegos a la perfección, pues solía observar a los jugadores, e incluso en momentos los aconsejaba imparcialmente; pero Vogelstein nunca vio las cartas en su mano. Se le consultaba en cuanto a puntos en disputa, y su opinión prevalecía. Tomaba poca parte en la conversación, usualmente muy relajada, que prevalecía en el fumadero, pero de vez en cuando hacía, con su voz suave, plana y juvenil, una observación que todos se detenían a

escuchar, y que era recibida con carcajadas. Vogelstein, por bien que supiera inglés, rara vez captaba el chiste; pero podía ver, al menos, que aquellos eran los vuelos más trascendentes del humor americano. El joven, a su manera, era muy notable, pues, como Vogelstein oyó decir a alguien una vez, después de que la risa hubiera amainado, solo tenía diecinueve años. Si su hermana no se parecía a la terrible niña del cuento que he mencionado tan a menudo, había, para Vogelstein, al menos una analogía entre el joven señor Day y cierto hermanito —un Madison, Hamilton o Jefferson aficionado a los dulces— que, en el volumen de Tauchnitz, se atribuía a aquella infortunada doncella. En esto se habría convertido el pequeño Madison a los diecinueve años, y la mejora era mayor de lo que se podría haber esperado.

Los días eran largos, pero el viaje fue corto, y casi había llegado a su fin antes de que el conde Vogelstein cediera a una atracción peculiar en su naturaleza, y finalmente irresistible, y a pesar de las advertencias de la señora Dangerfield, buscara una oportunidad para una pequeña conversación continua con la señorita Pandora Day. Mencionar este sentimiento sin mencionar otras varias impresiones de su viaje, con las que no tenía nada que ver, es quizás violar la proporción y dar una idea falsa; pero pasarlo por alto sería aún más injusto. Los alemanes, como sabemos, son un pueblo trascendental, y finalmente surgió una vaga fascinación en Vogelstein por esta muchacha vivaz, brillante y silenciosa, que podía sonreír y volverse locuaz en un instante, que impartía una especie de originalidad al carácter filial, y cuyo perfil era delicado mientras lo inclinaba sobre un volumen que cortaba mientras leía, o lo presentaba, en actitudes distraídas, al costado del barco, hacia el horizonte que habían dejado atrás. Pero sentía que era una lástima, en cuanto a una posible relación con ella, que sus padres fueran pequeños burgueses pesados, que su hermano no correspondiera a la concepción de Vogelstein de un joven de clase alta, y que su hermana fuera una Daisy Miller en herbe. Repetidamente advertido por la señora Dangerfield, el joven diplomático fue doblemente cuidadoso en cuanto a las relaciones que podría entablar al comienzo de su estancia en los Estados Unidos. La señora Dangerfield le recordó, y él mismo había hecho la observación en otras capitales, que el primer año, e incluso el segundo, es tiempo de prudencia. Uno ignora las proporciones y los valores; uno está expuesto, y agradecido por la atención, y uno puede entregarse a personas que luego resultan un gran estorbo. La señora Dangerfield tocó una fibra que resonó en la imaginación de

Vogelstein. Le aseguró que si no «se cuidaba» se enamoraría de alguna muchacha americana con una familia imposible. En América, cuando uno se enamoraba de una muchacha, no había más remedio que casarse con ella, y ¿qué diría él, por ejemplo, al encontrarse pariente cercano del señor y la señora P. W. Day? (Estas eran las iniciales inscritas en el respaldo de las dos sillas de aquella pareja). Vogelstein sintió el peligro, pues inmediatamente pudo pensar en una docena de hombres que conocía que se habían casado con muchachas americanas. Parecía haber ahora un peligro constante de casarse con la muchacha americana; era algo con lo que había que contar, como el ferrocarril, el telégrafo, el descubrimiento de la dinamita, el fusil Chassepôt, el espíritu socialista; era una de las complicaciones de la vida moderna.

Sin duda sería demasiado decir que Vogelstein temía enamorarse de Pandora Day; una joven que no era sorprendentemente hermosa, y con quien había hablado, en total, solo diez minutos. Pero, como digo, llegó al punto de desear que las pertenencias humanas de una muchacha cuya independencia parecía no tener mancha ni de ligereza, como decían en Inglaterra, ni de opinión subversiva, y cuya nariz era tan bien educada, no fueran un poco más distinguidas. Había algo casi cómico en su actitud hacia estas pertenencias; parecía considerarlas como un cuidado, pero no como un interés; era como si se las hubieran confiado a su honor, y ella se hubiera comprometido a llevarlas a salvo a cierto punto; estaba desapegada y distraída; luego, de repente, recordaba, se arrepentía y volvía para arropar a sus padres con sus mantas, para alterar la posición de la sombrilla de su madre, para decirles algo sobre la marcha del barco. Estos pequeños oficios solían realizarse con destreza, rapidez, con el mínimo de palabras, y cuando su hija se acercaba a ellos, el señor y la señora Day cerraban los ojos plácidamente, como un par de perros domésticos que esperan ser rascados.

Una mañana trajo al capitán para presentárselo; parecía tener un conocimiento privado e independiente con este oficial, y la presentación a sus padres tuvo el aire de una inspiración repentina. No fue tanto una presentación como una exhibición, como si le estuviera diciendo: «Así es como se ven; mira qué cómodos los tengo. ¿No son unas personitas bastante extrañas? Pero me dejan perfectamente libre. Oh, puedo asegurártelo. Además, debes verlo por ti mismo». El señor y la señora Day miraron al capitán con muy poco cambio de semblante; luego se miraron el uno al otro

de la misma manera. Él saludó y se inclinó hacia ellos un momento; pero Pandora negó con la cabeza, parecía estar respondiendo por ellos; hizo pequeños gestos como si estuviera explicando al capitán algunas de sus peculiaridades, como, por ejemplo, que no hablarían. Finalmente cerraron los ojos; ella parecía tener una especie de influencia hipnótica sobre ellos, y la señorita Day se alejó con el comandante del barco, quien la trató con evidente consideración, inclinándose muy bajo, a pesar de su posición suprema, cuando, poco después, se separaron. Vogelstein pudo ver que ella era capaz de causar una impresión; y la moraleja de nuestro episodio es que, a pesar de la señora Dangerfield, a pesar de las resoluciones de su prudencia, a pesar de la escasez de la conversación que había mediado entre ellos, a pesar del señor y la señora Day y el joven del fumadero, ella había captado su atención.

Fue la noche siguiente a la escena con el capitán cuando se unió a ella, torpemente, bruscamente, irresistiblemente, en la cubierta, donde ella paseaba sola de un lado a otro, siendo la noche suave y brillante y las estrellas notablemente hermosas. Había conversadores y fumadores y parejas dispersas, irreconocibles, que se movían rápidamente a través de la penumbra. El buque se hundía con largas y regulares pulsaciones; vago y espectral, bajo las estrellas, con sus pináculos oscilantes salpicados aquí y allá de luces, parecía precipitarse a través de la oscuridad más rápido que de día. Vogelstein había subido a caminar, y mientras la muchacha pasaba rozándolo distinguió el rostro de Pandora (con la señora Dangerfield siempre hablaba de ella como Pandora) bajo el velo que parecía destinado a protegerlo de la humedad del mar. Se detuvo, se giró, se apresuró tras ella, arrojó su cigarro y le preguntó si le haría el honor de aceptar su brazo. Ella declinó su brazo, pero aceptó su compañía, y él caminó con ella durante una hora. Tuviron mucha conversación, y él recordó después algunas de las cosas que ella dijo. Había ahora la certeza de que el barco atracaría la mañana siguiente, salvo una, y este pretexto ofrecía un tema obvio. Algunas de las expresiones de la señorita Day le parecieron singulares, pero, por supuesto, como él sabía, su conocimiento del inglés no era lo suficientemente preciso como para darle una medida perfecta.

—No tengo prisa por llegar; estoy muy feliz aquí —dijo ella—. Me temo que me costará mucho hacer pasar a mi gente.

—¿Hacerlos pasar?

—Por la aduana. Hemos hecho tantas compras. Bueno, le he escrito a un amigo para que baje, y quizás pueda ayudarnos. Conoce muy bien al jefe. Una vez que me marquen con tiza, no me importa. De todos modos, a estas alturas me siento como una especie de pizarra. En Alemania nos parecieron terribles.

Vogelstein se preguntó si el amigo al que le había escrito era su amante, y si estaba comprometida con él, especialmente cuando ella aludió a él de nuevo como «ese caballero que va a bajar». Le preguntó sobre sus viajes, sus impresiones, si había estado mucho tiempo en Europa y qué le había gustado más, y ella le dijo que habían ido al extranjero, ella y su familia, en busca de un poco de experiencia nueva. Aunque la encontró muy inteligente, sospechó que ella daba esta razón porque él era alemán y había oído que a los alemanes les gustaba la cultura. Se preguntó qué forma de cultura habrían traído el señor y la señora Day de Italia, Grecia y Palestina (habían viajado durante dos años y habían estado en todas partes), especialmente cuando su hija dijo: «Quería que padre y madre vieran las mejores cosas. Los tuve tres horas en la Acrópolis. ¡Supongo que no lo olvidarán!». Quizás era en Fidias y Pericles en lo que pensaban, reflexionó Vogelstein, mientras se sentaban rumiando en sus mantas. Pandora también comentó que quería mostrarle todo a su hermana pequeña mientras era joven; los lugares notables causaban mucha más impresión cuando la mente estaba fresca; había leído algo de eso en Goethe, en alguna parte. Ella misma había querido venir, cuando tenía la edad de su hermana; pero su padre estaba entonces en los negocios, y no podían dejar Utica. Vogelstein pensó en la hermanita retozando por el Partenón y el Monte de los Olivos, y compartiendo durante dos años, los años de la escuela, esta extraordinaria peregrinación de sus padres, y se preguntó si el dictamen de Goethe se habría justificado en este caso. Le preguntó a Pandora si Utica era la sede de su familia, si era un lugar agradable, si sería una ciudad interesante para él, como extranjero, para ver. Su compañera respondió con franqueza que era horrible, pero añadió que de todos modos le pediría que «viniera a visitarnos a nuestra casa», si no fuera porque probablemente pronto la dejarían.

—¡Ah! ¿Van a vivir a otro sitio?

—Bueno, estoy trabajando para Nueva York. Me halaga pensar que los he ablandado mientras hemos estado fuera. No encontrarán Utica igual; esa

era mi idea. Quiero un lugar grande y, por supuesto, Utica... —y la muchacha se interrumpió con un pequeño suspiro.

—Supongo que Utica es pequeña —sugirió Vogelstein.

—Bueno, no, es de tamaño mediano. Odio todo lo que sea mediano —dijo Pandora Day. Soltó una risa ligera y seca, echando un poco la cabeza hacia atrás al hacer esta declaración. Y mirándola de soslayo en la penumbra, mientras pisaba la cubierta que se balanceaba vagamente, pensó que había algo en su aire y porte que correspondía a tal espíritu.

—¿Cuál es su posición social? —le preguntó a la señora Dangerfield al día siguiente—. No puedo entenderlo en absoluto, es tan contradictorio. Me da la impresión de tener mucha cultura y mucho espíritu. Su apariencia también es muy agradable. Sin embargo, sus padres son pequeños burgueses. Eso se ve fácilmente.

—¡Oh, posición social! —exclamó la señora Dangerfield, asintiendo dos o tres veces de manera bastante portentosa—. ¡Qué expresiones tan grandilocuentes usa usted! ¿Cree que todo el mundo tiene una posición social? Eso está reservado a una minoría infinitamente pequeña de la humanidad. No se puede tener una posición social en Utica, como tampoco se puede tener un palco en la ópera. Pandora no tiene ninguna; ¿de dónde la iba a sacar? Pobre muchacha, no es justo que usted haga preguntas como esa.

—Bueno —dijo Vogelstein—, si es de clase baja, me parece muy... muy... —y hizo una pausa por un momento, como solía hacer al hablar en inglés, buscando la palabra.

—¿Muy qué, conde Vogelstein?

—Muy significativo, muy representativo.

—Oh, cielos, no es de clase baja —murmuró la señora Dangerfield, con impotencia.

—¿Qué es entonces?

—Bueno, debo admitir que desde la última vez que estuve en casa, ella es una novedad. Una chica así, con gente así, es un nuevo tipo.

—Me gustan las novedades —dijo el conde Vogelstein, sonriendo, con aire de considerable resolución. Sin embargo, no podía conformarse con una explicación que solo eludía la cuestión; y, cuando desembarcaron en Nueva York, sintió, incluso en medio de la confusión del muelle y los montones de equipaje despanzurrado, una cierta agudeza de pesar ante la idea de que Pandora y su familia estaban a punto de desvanecerse en lo desconocido. Tuvo un consuelo, sin embargo: era evidente que por alguna razón u otra —enfermedad o ausencia de la ciudad— el caballero al que le había escrito no había, como ella dijo, bajado. Vogelstein se alegró —no podría haber dicho por qué— de que esta persona comprensiva le hubiera fallado; aunque sin él, Pandora tuvo que enfrentarse sola a la aduana de los Estados Unidos. La primera impresión de Vogelstein del mundo occidental la recibió en el embarcadero de los vapores alemanes en Jersey City, un enorme cobertizo de madera que cubría un muelle de madera que resonaba bajo los pies, empalizado con pilotes toscos e inclinados, y sembrado de masas de equipaje heterogéneo. En un extremo, hacia la ciudad, había una hilera de altas empalizadas pintadas, detrás de las cuales podía distinguir una multitud de cocheros de alquiler, blandiendo sus látigos y esperando a sus víctimas, mientras sus voces se elevaban, incesantes, con un sonido agudo y extraño, a la vez fiero y familiar. Todo el lugar, detrás de la valla, parecía erizarse y resonar. Allí fuera estaba América, se dijo Vogelstein, y miró hacia ella con la sensación de que debía armarse de valor. En el muelle, la gente corría de un lado a otro entre sus baúles, juntando sus cosas, tratando de unir sus bultos dispersos. Estaban acalorados y enfadados, o bien completamente desconcertados y desanimados. Los pocos que habían logrado reunir sus maltrechas cajas tenían un aire de indiferencia sonrojada ante los esfuerzos de sus vecinos, sin siquiera mirar a personas con las que habían tenido intimidad en el vapor. Un destacamento de oficiales de aduanas estaba presente, y los pasajeros enérgicos se dedicaban a intentar arrastrarlos hacia su equipaje o arrastrar piezas pesadas hacia ellos. Estos funcionarios eran bonachones y taciturnos, excepto cuando ocasionalmente comentaban a un pasajero cuyo baúl abierto los miraba fijamente, implorante, que temían que el viaje hubiera sido «bastante vidrioso». Tenían una forma amistosa, pausada y especulativa de desempeñar su oficio, y si percibían el nombre de una víctima escrito en el maletín, se dirigían a él por él, en un tono de vieja amistad. Vogelstein descubrió, sin embargo, que si eran familiares, no eran indiscretos. Había oído que en América todos los

funcionarios públicos eran iguales, que no había una tenue diferente, como decían en Francia, para diferentes cargos, y se preguntó si en Washington el presidente y los ministros, a quienes esperaba ver, serían así.

Fue distraído de estas especulaciones por la vista del señor y la señora Day, que estaban sentados uno al lado del otro sobre un baúl, rodeados, al parecer, por las acumulaciones de su viaje. Sus rostros expresaban más conciencia de los objetos circundantes de lo que hasta entonces había percibido, y había un aire de plácida expansión en la misteriosa pareja que sugería que esta conciencia era agradable. El señor y la señora Day, como habrían dicho, se alegraban de estar de vuelta. A poca distancia, en el borde del muelle, Vogelstein observó a su hijo, que había encontrado un lugar donde, entre los costados de dos grandes barcos, podía ver pasar los transbordadores; los grandes transbordadores piramidales y de baja carga de las aguas americanas. Estaba allí, paciente y pensativo, con su pie pequeño y pulcro sobre un rollo de cuerda, de espaldas a todo lo que había sido desembarcado, el cuello alargado en su cilindro pulido, mientras la fragancia de su gran cigarro se mezclaba con el olor de los pilotes podridos, y su hermana pequeña a su lado abrazaba un enorme poste, e intentaba ver hasta dónde podía inclinarse sobre el agua sin caer. El criado de Vogelstein había ido en busca de un inspector; había reunido sus cosas y esperaba ser liberado, esperando plenamente que para una persona de su importancia la ceremonia fuera breve. Antes de que comenzara, le dijo unas palabras al joven señor Day, quitándose el sombrero al mismo tiempo ante la niña, a quien aún no había saludado, y que esquivó su saludo balanceándose audazmente hacia el lado peligroso del muelle. Todavía no estaba muy «formada», pero evidentemente era tan ligera como una pluma.

— Veo que le hacen esperar, como a mí. Es muy fastidioso — dijo el señor Vogelstein.

El joven respondió sin mirar atrás.

— En cuanto empecemos, iremos directos. Mi hermana le ha escrito a un caballero para que baje.

— He buscado a la señorita Day para despedirme de ella — continuó Vogelstein — ; pero no la veo.

—Supongo que ha ido a encontrarse con ese caballero; es un gran amigo suyo.

—¡Supongo que es su amante! —interrumpió la niña—. Siempre le estaba escribiendo, en Europa.

Su hermano dio una calada a su cigarro en silencio por un momento.

—Eso era solo para esto. Te delataré —añadió al cabo de un rato.

Pero la señorita Day más joven no hizo caso a su anuncio; se dirigió a Vogelstein.

—Esto es Nueva York; me gusta más que Utica.

Vogelstein no tuvo tiempo de responder, pues su criado había llegado con uno de los emisarios de la aduana; pero al volverse se preguntó, a la luz de la preferencia de la niña, sobre las ciudades del interior. Fue muy bien tratado. El oficial que se hizo cargo de él, y que llevaba un gran sombrero de paja y un alfiler de corbata de diamantes, era todo un hombre de mundo, y en respuesta a las declaraciones formales del conde, solo dijo: «Bueno, supongo que está todo bien; supongo que simplemente lo dejaré pasar»; y distribuyó libremente una docena de marcas de tiza. El criado había desbloqueado y desabrochado varias piezas, y mientras las cerraba, el oficial permaneció allí secándose la frente y conversando con Vogelstein. «¿Primera visita a nuestro país, señor? ¿Completamente solo, sin damas? Por supuesto, las damas son lo que buscamos». De esta manera se expresó, mientras el joven diplomático se preguntaba qué estaba esperando, y si debía deslizar algo en su palma. Pero el visitante de Vogelstein solo lo dejó un momento en suspenso; pronto se alejó, con la observación, pronunciada muy quedamente, de que esperaba que el conde se quedara bastante tiempo; ante lo cual el joven vio cuán equivocado habría estado al ofrecerle una propina. Era simplemente la manera americana, y era muy amigable, después de todo. El criado de Vogelstein había conseguido un mozo, con una carretilla, y estaba a punto de abandonar el lugar cuando vio a Pandora Day salir disparada de entre la multitud y dirigirse, con mucho afán, al funcionario que acababa de liberarlo. Llevaba una carta abierta en la mano, que le dio a leer, y él la recorrió con la mirada, deliberadamente, acariciándose la barba. Luego ella lo condujo, hasta donde sus padres estaban sentados sobre su equipaje. Vogelstein despachó a su criado con el mozo, y siguió a Pandora,

a quien realmente deseaba dirigirle unas palabras de despedida. Lo último que se habían dicho en el barco fue que se encontrarían de nuevo en tierra. Parecía improbable, sin embargo, que el encuentro ocurriera en otro lugar que no fuera justo aquí en el muelle; en la medida en que Pandora decididamente no estaba en sociedad, donde Vogelstein estaría, por supuesto, y como, si Utica no era —tenía la palabra de su aguda hermanita para ello— tan agradable como lo que lo rodeaba allí, que lo colgaran si iba a Utica. Alcanzó a Pandora rápidamente; ella estaba en el acto de presentar al agente de aduanas a sus padres, de la misma manera en que había presentado al capitán del vapor. El señor y la señora Day se levantaron y le estrecharon la mano, y evidentemente todos se prepararon para tener una pequeña charla. «Me gustaría presentarle a mi hermano y a mi hermana», oyó decir a la muchacha, y la vio mirar a su alrededor en busca de estos apéndices. Captó su mirada mientras lo hacía, y avanzó, con la mano extendida, reflexionando, mientras tanto, que evidentemente los americanos, a quienes siempre había oído describir como silenciosos y prácticos, no eran inexpertos en ciertas artes sociales. Remoloneaban y parloteaban como tantos napolitanos.

—Adiós, conde Vogelstein —dijo Pandora, que estaba un poco sonrojada por sus diversos esfuerzos, pero no por ello lucía peor—. Espero que se lo pase espléndidamente y aprecie nuestro país.

—Espero que lo supere todo sin problemas —respondió Vogelstein, sonriendo y sintiéndose ya más idiomático.

—Ese caballero al que le escribí está enfermo —replicó ella—; ¿no es una lástima? Pero me envió una carta para un amigo suyo, uno de los inspectores, y supongo que no tendremos ningún problema. Señor Lansing, permítame presentarle al conde Vogelstein —continuó, presentando a su compañero de viaje al portador del sombrero de paja y el alfiler de corbata, quien estrechó la mano del joven alemán como si nunca lo hubiera visto antes. El corazón de Vogelstein subió por un instante a su garganta; dio gracias a sus estrellas por no haber ofrecido una propina al amigo de un caballero que le había sido mencionado a menudo, y que había sido descrito por un miembro de la familia de Pandora como su amante.

—Esta vez se trata de damas —le comentó el señor Lansing a Vogelstein, con una sonrisa que parecía confesar, subrepticamente, y como si ninguna

de las partes pudiera estar ansiosa, el reconocimiento.

—Bueno, el señor Bellamy dice que usted haría cualquier cosa por él —dijo Pandora, sonriendo muy dulcemente al señor Lansing—. No tenemos mucho; solo hemos estado fuera dos años.

El señor Lansing se rascó un poco la nuca, con un movimiento que hizo que su sombrero de paja se adelantara en dirección a su nariz.

—No sé si haría algo por él que no hiciera por usted —respondió, devolviendo la sonrisa de la muchacha—. Supongo que será mejor que abra ese —y dio una patadita cariñosa a uno de los baúles.

—¡Oh, madre, ¿no es encantador?! Son solo tus cosas del mar —gritó Pandora, inclinándose sobre el cofre al instante, con la llave en la mano.

—No sé si me gusta enseñarlas —murmuró la señora Day, modestamente.

Vogelstein hizo su saludo alemán a la compañía en general, y a Pandora le ofreció un adiós audible, que ella devolvió con una voz brillante y amigable, pero sin volverse mientras forcejeaba con la cerradura de su baúl.

—Probaremos con otro, si quiere —dijo el señor Lansing, riendo.

—¡Oh, no, tiene que ser este! Adiós, conde Vogelstein. ¡Espero que nos juzgue correctamente!

El joven siguió su camino y pasó la barrera del muelle. Aquí se encontró con su criado inglés, que tenía cara de consternación, lo que le llevó a preguntar si no había un coche de alquiler disponible.

—Aquí los llaman «jacks», señor —dijo el hombre—, y son lo peor de todo. Quiere treinta chelines por llevarle a la posada.

Vogelstein vaciló un momento.

—¿No podría encontrar a un alemán?

—¡Por la forma en que habla, es alemán! —dijo el hombre; y en un momento el conde Vogelstein comenzó su carrera en América discutiendo la tarifa de los coches de alquiler en la lengua de la patria.

PARTE II

Vogelstein acudía a dondequiera que se le invitara, por principio, en parte para estudiar la sociedad americana, y en parte porque en Washington los pasatiempos no le parecían tan numerosos como para permitirse descuidar ocasiones. Por supuesto, al cabo de dos inviernos, tenía muchísimos de diversa índole, y su estudio de la sociedad americana había rendido frutos considerables. Sin embargo, cuando en abril, durante el segundo año de su residencia, se presentó en una gran fiesta ofrecida por la señora Bonnycastle, y de la cual se creía que sería el último acontecimiento serio de la temporada, su presencia allí (y más aún su aspecto muy fresco y locuaz) no era consecuencia de una regla de conducta. Acudió a casa de la señora Bonnycastle simplemente porque le agradaba la dama, cuyas recepciones eran las más placenteras de Washington, y porque si no iba allí no sabía qué haría; esa ausencia de alternativas se le había vuelto bastante familiar en Washington. Había muchísimas cosas que hacía porque si no las hacía no sabía qué haría. Hay que añadir que, en este caso, incluso si hubiera habido una alternativa, aun así habría decidido ir a casa de la señora Bonnycastle. Si su casa no era la más agradable de allí, al menos era difícil decir cuál lo era más; y la queja que a veces se hacía de ella, de que era demasiado limitada, de que dejaba fuera, en conjunto, a más gente de la que acogía, se aplicaba con mucha menos fuerza cuando se abría para una fiesta general. Hacia el final del año social, en aquellos días suaves y perfumados de la primavera de Washington, cuando el aire comenzaba a mostrar un brillo sureño, y las pequeñas plazas y círculos (hacia los que convergían las amplias y vacías avenidas según un plan tan ingenioso como desconcertante) se sonrojaban con flores rosadas e incitaban a sentarse en los bancos —en este período de expansión y condonación, la señora Bonnycastle, quien durante el invierno había estado bastante a la defensiva, relajaba un poco su vigilancia, se volvía humorísticamente inconsistente, primaveralmente temeraria, por así decirlo, y dejaba de calcular las consecuencias de una hospitalidad que una referencia a los archivos —o incluso al ejemplar matutino— de los periódicos

cos podría fácilmente demostrar que era un error. Pero la vida de Washington, a juicio de Vogelstein, estaba pavimentada de errores; se sentía en una sociedad fundada sobre errores necesarios. Poco adicto como era a la visión lúdica de la existencia, se había dicho a sí mismo, en una etapa temprana de su estancia, que la única manera de disfrutar de los Estados Unidos sería quemar los propios estándares y calentarse con la llamarada. Tales eran las reflexiones de un teutón teórico, que ahora caminaba, en su mayor parte, entre las cenizas de sus prejuicios.

La señora Bonnycastle se había esforzado más de una vez en explicarle los principios según los cuales recibía a ciertas personas e ignoraba a otras; pero le costaba mucho comprender sus discriminaciones. Ella percibía diferencias donde él solo veía semejanzas, y tanto los méritos como los defectos de muchos miembros de la sociedad de Washington, tal como esa sociedad le era interpretada por la señora Bonnycastle, a menudo le resultaban incomprensibles. Afortunadamente, ella poseía un fondo de buen humor que, como he insinuado, solía aflorar con los capullos de abril, y que hacía que las personas a las que no invitaba a su casa le resultaran casi tan divertidas como las que sí invitaba. Su marido no estaba en política, aunque la política estaba muy presente en él; pero la pareja había asumido las responsabilidades de un patriotismo activo; consideraban correcto vivir en América, difiriendo en esto de muchos de sus conocidos, que solo lo consideraban agradable. Tenían esa pesada herencia de reminiscencias extranjeras con la que tantos americanos cargan; pero la llevaban con más facilidad que la mayoría de sus compatriotas, y se sabía que habían vivido en Europa solo por su actual exaltación, nunca en lo más mínimo por sus lamentos. Sus lamentos, es decir, eran solo por haber vivido allí alguna vez, como la señora Bonnycastle le dijo una vez a la esposa de un ministro extranjero. Resolvían todos sus problemas con éxito, incluyendo los de no conocer a ninguna de las personas que no deseaban conocer, y de encontrar mucha ocupación en una sociedad supuestamente escasa de recursos para personas ociosas. Cuando, al acercarse el tiempo cálido, abrían ambas hojas de su puerta, era porque pensaban que los entretendría, y no porque fueran conscientes de una presión. Alfred Bonnycastle, de hecho, durante todo el invierno, se irritaba un poco por lo definido de algunas de las reservas de su esposa; pensaba que, para Washington, su sociedad era realmente un poco demasiado buena. Vogelstein aún recordaba la sensación de perplejidad (ahora se había aclarado un tanto) con la que, más de un año antes, había

oído exclamar al señor Bonnycastle una noche, después de una cena en su propia casa, cuando todos los invitados, excepto el secretario alemán (que a menudo se quedaba hasta tarde con la pareja), se habían marchado:

— ¡Al diablo!, solo queda un mes; divirtámonos un poco... invitemos al Presidente.

Este era el carnaval de la señora Bonnycastle, y en la ocasión a la que comencé mi capítulo refiriéndome, el Presidente no solo había sido invitado, sino que había manifestado su intención de estar presente. Me apresuro a añadir que este no era el mismo funcionario al que se había hecho la irreverente alusión de Alfred Bonnycastle. La Casa Blanca había recibido un nuevo inquilino (el anterior, entonces, justo la estaba dejando), y Otto Vogelstein había tenido la ventaja, durante los primeros dieciocho meses de su estancia en América, de ver una campaña electoral, una investidura presidencial y un reparto del botín. Se había sentido desconcertado, durante aquellas primeras semanas, al descubrir que en la capital nacional, en las casas que él suponía ser las mejores, el jefe del Estado no era un invitado codiciado; pues esta podía ser la única explicación de la caprichosa propuesta del señor Bonnycastle de invitarlo, por así decirlo, en carnaval. Su sucesor salía bastante, para ser un Presidente.

La sesión legislativa había terminado, pero esto apenas alteraba el aspecto de los salones de la señora Bonnycastle, que, incluso en el apogeo de la temporada congresual, no podía decirse que rebosaran de representantes del pueblo. Estaban adornados con algún senador ocasional, cuyos movimientos y declaraciones a menudo parecían ser considerados con una mezcla de alarma e indulgencia, como si fueran decepcionantes si no fueran bastante extraños, y sin embargo pudieran ser peligrosos si no se los vigilaba cuidadosamente. Vogelstein había llegado a sentir cierta simpatía por estos padres conscriptos de familias invisibles, que tenían algo de la toga en los voluminosos pliegues de su conversación, pero que por lo demás eran bastante escuetos y calvos, con arrugas pétreas en sus rostros, como bustos y estatuas de antiguos legisladores. Le parecía que había algo frío y expuesto en el hecho de ser a la vez tan exaltados y tan desnudos; había miradas solitarias en sus ojos, a veces, como si en el mundo social su conciencia legislativa anhelara el calor de unas cuantas leyes cómodas y ya hechas. Los miembros de la Cámara eran muy raros, y cuando Washington era nuevo para Vogelstein, a veces solía confundirlos, en los vestíbulos y en las es-

caleras donde los encontraba, con los funcionarios contratados para la velada para acompañar a los invitados y servir en la cena. Solo un poco más tarde percibió que estos últimos funcionarios eran casi siempre imponentes, y tenían una tez que servía de librea. En la actualidad, sin embargo, tales figuras engañosas eran mucho menos frecuentes que durante los meses de invierno y, de hecho, nunca se encontraban en casa de la señora Bonnycastle. En la actualidad, las perspectivas sociales de Washington, al igual que la vasta y fresca llanura de las calles con letras y números, que en esta estación le parecían a Vogelstein más espaciaosas y vagas que nunca, sugerían solo una escasez de fenómenos políticos. El conde Otto, aquella noche, conocía a todos, o casi a todos. Muy a menudo había extraños curiosos, esperando grandes cosas, de Nueva York y Boston, y a ellos, a la amigable manera de Washington, el joven alemán era presentado sin demora. Era una sociedad en la que reinaba la familiaridad, y en la que la gente era susceptible de encontrarse tres veces al día, de modo que su esencia última se convertía en un asunto de importancia.

—Tengo tres muchachas nuevas —dijo la señora Bonnycastle—. Debe hablar con todas ellas.

—¿Todas a la vez? —preguntó Vogelstein, invirtiendo en su imaginación una posición que no le era desconocida. A menudo, en Washington, varias voces virginales le habían dirigido la palabra al mismo tiempo.

—Oh, no; debe tener algo diferente para cada una; no puede zafarse así. ¿No ha descubierto que la muchacha americana espera algo especialmente adaptado a ella? Está muy bien que en Europa haya unas cuantas frases que sirvan para cualquier muchacha. La muchacha americana no es cualquier muchacha; es un individuo notable en un género notable. Pero esta noche debe reservar lo mejor para la señorita Day.

—¡Para la señorita Day! —exclamó Vogelstein, mirando fijamente—. ¿Se refiere a Pandora?

La señora Bonnycastle lo miró fijamente un momento a su vez, luego rio con muchas ganas.

—¡Cualquiera diría que la ha estado buscando por todo el globo! ¿Así que ya la conoce, y la llama por su apodo?

—Oh, no, no la conozco; es decir, no la he visto, ni he pensado en ella, desde aquel día hasta hoy. Vinimos a América en el mismo barco.

—¿No es americana, entonces?

—Oh, sí; vive en Utica, en el interior.

—¿En el interior de Utica? No puede referirse a mi joven, entonces, que vive en Nueva York, donde es una gran belleza y una gran dama, y ha sido inmensamente admirada este invierno.

—Después de todo —dijo Vogelstein, reflexionando, y un poco decepcionado—, el nombre no es tan raro; quizás sea otra. ¿Pero tiene unos ojos bastante extraños, un poco amarillos, pero muy bonitos, y una nariz un poco arqueada?

—No puedo decirle todo eso; no la he visto. Se aloja con la señora Steuben. Solo llegó hace un día o dos, y la señora Steuben la traerá. Cuando me escribió para pedirme permiso, me dijo lo que le digo. Todavía no han llegado.

Vogelstein sintió una rápida esperanza de que el sujeto de esta correspondencia pudiera ser en efecto la joven de la que se había despedido en el muelle de Nueva York, pero los indicios parecían apuntar en otra dirección, y no deseaba abrigar una ilusión. No le parecía probable que la enérgica muchacha que le había presentado al señor Lansing tuviera entrada en la mejor casa de Washington; además, la invitada de la señora Bonnycastle era descrita como una belleza y perteneciente a la brillante ciudad.

—¿Cuál es la posición social de la señora Steuben? —se le ocurrió preguntar en un momento, mientras meditaba. Tenía una manera seria, ingenua y literal de formular tal pregunta; se podía ver en ello que era muy minucioso.

La señora Bonnycastle estalló en una risa burlona.

—¡Estoy segura de que no lo sé! ¿Cuál es la suya? —y lo dejó para volverse hacia sus otros invitados, a varios de los cuales les repitió su pregunta. ¿Podrían decirle cuál era la posición social de la señora Steuben? Allí estaba el conde Vogelstein, que quería saberlo. Al instante se dio cuenta, por supuesto, de que no debería haber hecho tal pregunta. ¿No estaba suficientemente indicado el lugar de la dama en la escala por el hecho de que la seño-

ra Bonnycastle la conociera? Aun así, había grados sutiles, y se sintió un poco indebidamente desairado. Era perfectamente cierto, como le dijo a su anfitriona, que con la rápida oleada de nuevas impresiones que lo había arrollado tras su llegada a América, la imagen de Pandora estaba casi completamente borrada; había visto muchísimas cosas que eran tan notables a su manera como la hija de los Day, pero al contacto con la idea de que podría volver a verla en cualquier momento, ella se volvió tan vívida en su mente como si se hubieran despedido el día anterior; recordaba el tono exacto de los ojos que había descrito a la señora Bonnycastle como amarillos; el tono de su voz cuando, al final, expresó la esperanza de que juzgara correctamente a América. ¿La había juzgado correctamente? Si volviera a encontrarse con ella, sin duda intentaría averiguarlo. Sería ir demasiado lejos decir que la idea de tal prueba era terrible para Otto Vogelstein; pero al menos se puede decir que el pensamiento de encontrarse con Pandora Day lo ponía nervioso. El hecho es ciertamente singular, pero no me encargaré de explicarlo; hay algunas cosas que ni el historiador más filosófico está obligado a justificar.

Deambuló hacia otra habitación, y allí, al cabo de cinco minutos, la señora Bonnycastle le presentó a una de las jóvenes de las que había hablado. Era una muchacha muy inteligente, que venía de Boston y demostraba un gran conocimiento de las novelas de Spielhagen.

—¿Le gustan? —preguntó Vogelstein, con bastante vaguedad, sin mostrar mucho interés en el asunto, ya que solo leía obras de ficción en caso de un viaje por mar. La joven de Boston parecía pensativa y concentrada; luego respondió que le gustaban algunas de ellas, pero que había otras que no le gustaban, y enumeró las obras que entraban en cada una de estas categorías. Spielhagen es un escritor voluminoso, y tal catálogo llevó algún tiempo; al final, además, la pregunta de Vogelstein no obtuvo respuesta, pues no habría podido decir si a ella le gustaba Spielhagen o no. Sobre el siguiente tema, sin embargo, no había duda acerca de sus sentimientos. Hablaron de Washington como solo se habla en el lugar mismo, girando alrededor del tema en círculos cada vez más amplios y estrechos, posándose sucesivamente en sus muchas ramas, considerándolo desde todos los puntos de vista. Vogelstein llevaba suficiente tiempo en América para descubrir que, después de medio siglo de abandono social, Washington se había puesto de moda y poseía la gran ventaja de ser un nuevo recurso en la con-

versación. Esto era especialmente cierto en los meses de primavera, cuando los habitantes de las ciudades comerciales llegaban tan al sur para escapar de ese bullicioso interludio. Todos estaban de acuerdo en que Washington era fascinante, y ninguno estaba mejor preparado para discutirlo que los bostonianos. Originalmente, Vogelstein había estado bastante desfasado con ellos; no había captado su punto de vista, no había sabido con qué comparaban este objeto de su encaprichamiento. Pero ahora lo sabía todo; se había adaptado al ritmo; no había una posible fase de la discusión que pudiera encontrarlo desprevenido. Había una especie de elemento hegeliano en ello; a la luz de estas consideraciones, la capital americana adquiría la apariencia de un monstruoso y místico Werden. Pero fatigaban un poco a Vogelstein, y prefería, por regla general, no entablar conversación la misma noche con más de un recién llegado, un visitante en la frescura de la iniciación. Por eso, la expresión de deseo de la señora Bonnycastle de presentarle a tres jóvenes lo había sobresaltado un poco; veía un cierto proceso, en el que se jactaba de haberse vuelto competente, pero que después de todo era tolerablemente agotador, repetido para cada una de las damiselas. Después de separarse de su juiciosa bostoniana, más bien evitó a la señora Bonnycastle, contentándose con la conversación de viejos amigos, mantenida, en su mayor parte, en un tono más bajo y escéptico.

Al fin oyó mencionar que el Presidente había llegado, que llevaba media hora en la casa, y fue en busca del ilustre invitado, cuyo paradero, en las fiestas de Washington, no estaba indicado por un grupo de cortesanos. Se había propuesto, siempre que se encontraba en compañía del Presidente, presentarle sus respetos, y no se había desanimado por el hecho de que no hubiera asociación de ideas en la mirada del gran hombre mientras extendía la mano, presidencialmente, y decía: «Encantado de verle, señor». Vogelstein se sentía tomado por un mero súbdito, posiblemente por un buscador de cargos; y solía reflexionar en tales momentos que la forma monárquica tenía sus méritos; proporcionaba una línea de herencia para la facultad del rápido reconocimiento. Ahora tuvo alguna dificultad para encontrar al primer magistrado, y terminó por enterarse de que estaba en el salón de té, un pequeño apartamento dedicado a un ligero refrigerio, cerca de la entrada de la casa. Aquí Vogelstein lo percibió al instante, sentado en un sofá, en conversación con una dama. Había varias personas alrededor de la mesa, comiendo, bebiendo, hablando; y la pareja en el sofá, que no estaba cerca de ella, sino contra la pared, en una especie de nicho, parecía un poco retraí-

da, como si hubieran buscado la reclusión y estuvieran dispuestas a aprovechar la atención desviada de los demás. El Presidente se reclinó; sus manos enguantadas, apoyadas en cada rodilla, formaban grandes manchas blancas. Parecía eminente, pero parecía relajado, y la dama a su lado lo hacía reír. Vogelstein captó su voz al acercarse. La oyó decir:

— Bueno, ahora, recuerde; lo considero una promesa.

Iba vestida muy elegantemente, de color rosa; tenía las manos entrelazadas en el regazo, y sus ojos estaban fijos en el perfil presidencial.

— Bueno, señora, en ese caso es aproximadamente la quincuagésima promesa que he hecho hoy.

Justo cuando oyó estas palabras, pronunciadas por su acompañante en respuesta, Vogelstein se contuvo, se dio la vuelta y fingió estar buscando una taza de té. No era costumbre molestar al Presidente, ni siquiera simplemente para estrecharle la mano, cuando estaba sentado en un sofá con una dama, y Vogelstein sintió que en este caso era menos posible que nunca romper la regla, pues la dama en el sofá no era otra que Pandora Day. La había reconocido sin que ella pareciera verlo, e incluso en su mirada momentánea había percibido que ahora era una persona a tener en cuenta. Tenía un aire de euforia, de éxito; lucía brillante con su vestido color rosa; estaba extrayendo promesas del gobernante de cincuenta millones de personas. ¡Qué lugar tan extraño para encontrarla!, pensó Vogelstein, ¡y qué poco se podía decir, después de todo, en América, quién era la gente! No deseaba hablarle todavía; deseaba esperar un poco y saber más; pero mientras tanto había algo atractivo en el pensamiento de que ella estaba justo detrás de él, a pocos metros, que si se volvía podría verla de nuevo. Era a ella a quien se refería la señora Bonnycastle, era ella quien era tan admirada en Nueva York. Su rostro era el mismo, pero Vogelstein había visto en un momento que era vagamente más bonita; había reconocido el arco de su nariz, que sugería ambición. Tomó un poco de té, que no quería, para no marcharse. Recordó su entourage en el vapor; su padre y su madre, los silenciosos burgueses, tan poco «de mundo», su hermana pequeña, tan de mundo ella, su hermano humorístico con su sombrero de copa y su influencia en el fumadero. Recordó las advertencias de la señora Dangerfield — pero también sus perplejidades —, y la carta del señor Bellamy, y la presentación al señor Lansing, y la forma en que Pandora se había agachado en el sucio

muelle, riendo y hablando, dueña de la situación, para abrir su baúl para la aduana. Estaba bastante seguro de que aquel día no había pagado derechos; ese había sido el propósito, por supuesto, de la carta del señor Bellamy. ¿Seguía en correspondencia con este caballero, y se había recuperado de su enfermedad? Todo esto pasó por la mente de Vogelstein, y vio que estaba bastante en la línea de Pandora ser dueña de la situación, pues no había nada, evidentemente, en la presente ocasión, que pudiera llamarse su amo. Bebió su té, y al dejar la taza oyó al Presidente, detrás de él, decir:

—Bueno, supongo que mi esposa se preguntará por qué no vuelvo a casa.

—¿Por qué no la trajo con usted? —preguntó Pandora.

—Bueno, no sale mucho. Además, tiene a su hermana alojada con ella, la señora Runkle, de Natchez. Es bastante inválida, y a mi esposa no le gusta dejarla.

—Debe ser una mujer muy amable —comentó Pandora, con simpatía.

—Bueno, supongo que no está consentida... todavía.

—Me gustaría mucho ir a verla —dijo Pandora.

—Venga cuando quiera. ¿No podría venir alguna noche? —respondió el Presidente.

—Bueno, iré alguna vez. Y le recordaré su promesa.

—De acuerdo. No hay nada como mantenerlo. Bueno —dijo el Presidente—, debo despedirme de esta gente.

Vogelstein lo oyó levantarse del sofá, con su acompañante, y dio tiempo a la pareja para que saliera de la habitación antes que él, lo cual hicieron con cierta impresionante deliberación, la gente abriéndole paso al gobernante de cincuenta millones, y mirando con cierta curiosidad a la llamativa persona de rosa a su lado. Cuando, después de unos momentos, Vogelstein los siguió a través del vestíbulo, hacia una de las otras habitaciones, vio al anfitrión y la anfitriona acompañar al Presidente hasta la puerta, y a dos ministros extranjeros y un juez del Tribunal Supremo dirigirse a Pandora Day. Resistió el impulso de unirse a este círculo; si le hablaba, deseaba hablarle a solas. Ella continuó, no obstante, ocupándolo, y cuando la señora Bonnycastle regresó del vestíbulo, él se acercó inmediatamente a ella con una súplica.

—Desearía que me contara algo más sobre esa muchacha... esa de enfrente, de rosa.

—La encantadora Day, ¿así la llaman, creo? Quería que hablara con ella.

—Descubro que es la que he conocido. Pero aquí parece tan diferente. No logro entenderlo.

Había algo en su expresión que provocó la hilaridad de la señora Bonnycastle.

—¿Cómo los desconcertamos a ustedes los europeos! Parece usted bastante perplejo.

—Lamento parecerlo... trato de ocultarlo. Pero, por supuesto, somos muy simples. Permítame entonces hacer una pregunta simple. ¿Sus padres también están en sociedad?

—¿Padres en sociedad? D'où tombez-vous? ¿Alguna vez oyó hablar de una muchacha —de color rosa— cuyos padres estuvieran en sociedad?

—¿Está entonces, completamente sola? —inquirió el conde Vogelstein, con un deje de melancolía en la voz.

La señora Bonnycastle lo miró fijamente un momento, con la risa en el rostro.

—Es usted demasiado patético. ¿No sabe lo que es? Suponía, por supuesto, que lo sabía.

—Es exactamente lo que le estoy preguntando.

—Pues, es el nuevo tipo. Solo ha surgido últimamente. Han salido artículos sobre ello en los periódicos. Por eso le dije a la señora Steuben que la trajera.

—¿El nuevo tipo? ¿Qué nuevo tipo, señora Bonnycastle? —dijo Vogelstein, suplicante, y consciente de que todos los tipos en América eran nuevos.

Su risa interrumpió su respuesta por un momento, y para cuando se hubo recuperado, la joven de Boston, con quien Vogelstein había estado hablando, estaba allí para despedirse. Este, para ser un tipo americano, era antiguo, estaba seguro; y el proceso de despedida, entre la invitada y su anfitriona,

tenía una antigua elaboración. Vogelstein esperó un poco; luego se dio la vuelta y se acercó a Pandora Day, cuyo grupo de interlocutores se había reforzado ahora con un caballero que había ocupado un lugar importante en el gabinete del difunto ocupante del sillón presidencial. Vogelstein le había preguntado a la señora Bonnycastle si estaba «completamente sola»; pero no había nada en la situación actual de Pandora que sugiriera aislamiento. No estaba lo suficientemente sola para el gusto de Vogelstein; pero él estaba impaciente, y esperaba que ella le dedicara unas pocas palabras a solas. Ella lo reconoció sin un momento de vacilación, y con la más dulce de las sonrisas, una sonrisa que igualaba el tono con el que dijo:

—Lo estaba observando; me preguntaba si no iba a hablarme.

—¡La señorita Day lo estaba observando! —exclamó uno de los ministros extranjeros—, y nosotros nos halagábamos pensando que toda su atención estaba con nosotros.

—Me refiero a antes —dijo la muchacha—, mientras hablaba con el Presidente.

Ante esto, los caballeros comenzaron a reír, y uno de ellos comentó que así se sacrificaba a los ausentes, incluso a los grandes; mientras otro dijo que esperaba que Vogelstein se sintiera debidamente halagado.

—Oh, también estaba observando al Presidente —dijo Pandora—. Tengo que observarlo. Me ha prometido algo.

—Debe ser la misión a Inglaterra —sugirió el juez del Tribunal Supremo—. Una buena posición para una dama; allí tienen a una dama al mando.

—Ojalá la enviaran a mi país —sugirió uno de los ministros extranjeros—. Inmediatamente solicitaría mi retirada.

—Bueno, quizás en su país no le hablaría. Es solo porque está aquí —replicó la muchacha con una alegre familiaridad que, en ella, evidentemente no era más que una de las artes de la defensa—. Ya verá qué misión es cuando se anuncie. Pero al conde Vogelstein le hablaré en cualquier parte —continuó—. Es un amigo más antiguo que cualquiera de los presentes. Lo he conocido en días difíciles.

—Oh, sí, en el océano —dijo el joven, sonriendo—. ¡En la inmensidad acuática, en la tempestad!

—Oh, no me refiero tanto a eso; tuvimos un viaje hermoso, y no hubo ninguna tempestad. Me refiero a cuando vivía en Utica. Eso sí que es una inmensidad acuática, si le place, y una tempestad allí habría sido una agradable variedad.

—¡Sus padres me parecieron tan pacíficos! —exclamó Vogelstein, con un vago deseo de decir algo comprensivo.

—¡Oh, no los ha visto en tierra! En Utica eran muy vivaces. Pero ese ya no es nuestro hogar. ¿No recuerda que le dije que estaba trabajando para Nueva York? Bueno, trabajé... tuve que trabajar duro. Pero nos hemos mudado.

—Y espero que sean felices —dijo Vogelstein.

—¿Mi padre y mi madre? Oh, lo serán, con el tiempo. Debo darles tiempo. Aún son muy jóvenes; tienen años por delante. ¿Y usted ha estado siempre en Washington? —continuó Pandora—. Supongo que lo ha averiguado todo sobre todo.

—Oh, no; hay algunas cosas que no puedo averiguar.

—Venga a verme, y quizás pueda ayudarle. Soy muy diferente de lo que era en el barco. He avanzado mucho desde entonces.

—Oh, ¿cómo era la señorita Day en el barco? —preguntó el ministro del gabinete de la última administración.

—Era encantadora, por supuesto —dijo Vogelstein.

—¡Es muy halagador; no abrí la boca! —gritó Pandora—. Aquí viene la señora Steuben, para llevarme a otro lugar. Creo que es una fiesta literaria, cerca del Capitolio. Todo parece tan separado, en Washington. La señora Steuben va a leer un poema. Ojalá lo leyera aquí; ¿no sería igual de bueno?

Esta dama, al llegar, comunicó a Pandora la necesidad de marcharse. Pero los compañeros de la señorita Day tenían varias cosas que decirle antes de dejarla ir. Ella tenía una respuesta para cada uno de ellos, y Vogelstein comprendió, mientras escuchaba, que, como ella decía, había avanzado mucho. Hija de pequeños burgueses, como era, era realmente brillante. Vogelstein se apartó un poco y, mientras la señora Steuben esperaba, le hizo una pregunta. La había convertido, media hora antes, en objeto de aquella indagación a la que la señora Bonnycastle dio una respuesta tan ambigua;

pero esto no se debía a que no tuviera algún conocimiento directo de la señora Steuben, así como una idea general de la estima en que se la tenía. La había encontrado en varios lugares, y había estado en su casa. Era viuda de un comodoro, una mujer hermosa, apacible, suave, oscilante, que gustaba a todos, con brillantes mechones de cabello negro y un pequeño rizo que colgaba detrás de cada oreja. Alguien había dicho que se parecía a la reina en «Hamlet». Había escrito versos que eran admirados en el Sur, llevaba un retrato de cuerpo entero del comodoro en su pecho y hablaba con el acento de Savannah. Tenía a su alrededor un positivo olor a Washington. Ciertamente había sido muy superfluo por parte de Vogelstein interrogar a la señora Bonnycastle sobre su posición social.

—Tenga la amabilidad de decirme —dijo, bajando la voz—, ¿cuál es el tipo al que pertenece esa joven? La señora Bonnycastle me dice que es uno nuevo.

La señora Steuben fijó por un momento sus ojos líquidos en el secretario de legación. Siempre parecía estar traduciendo la prosa de su discurso a los ritmos más finos con los que su propia mente estaba familiarizada.

—¿Cree que algo es realmente nuevo? —preguntó—. Soy muy aficionada a lo antiguo; ya sabe que esa es una debilidad de nosotros los sureños. —La pobre dama, se observará, también tenía otra debilidad—. Lo que a menudo tomamos por nuevo, es simplemente lo antiguo bajo alguna forma novedosa. ¿No hubo naturalezas notables en el pasado? Si lo duda, debería visitar el Sur, donde el pasado aún perdura.

A Vogelstein ya le había llamado la atención antes la pronunciación de la señora Steuben de la palabra con que se designaban sus latitudes natales; transcribiéndola de sus labios, se habría escrito (como la aproximación más cercana) el Suuz. Pero, en la actualidad, apenas observó esta peculiaridad; se preguntaba, más bien, cómo una mujer podía ser a la vez tan copiosa y tan insatisfactoria. ¿Qué le importaba el pasado, o incluso el Suuz? Temía hacerla empezar de nuevo. La miró, desanimado e impotente, casi tan perplejo como la señora Bonnycastle lo había encontrado media hora antes; miró también al comodoro, quien, en su pecho, parecía respirar de nuevo con las respiraciones de su viuda.

—Llámelo un tipo antiguo, entonces, si quiere —dijo al cabo de un momento—. ¡Todo lo que quiero saber es qué tipo es! Parece imposible

averiguarlo.

—Puede averiguarlo en los periódicos. Han publicado artículos sobre ello. Ahora escriben sobre todo. Pero no es cierto sobre la señorita Day. Es una de las primeras familias. Su bisabuelo estuvo en la Revolución. —Pandora para entonces había vuelto a prestar atención a la señora Steuben. Parecía indicar que estaba lista para marcharse—. ¿No estuvo su bisabuelo en la Revolución? —preguntó la señora Steuben—. Le estoy contando al conde Vogelstein sobre él.

—¿Por qué pregunta por mis antepasados? —demandó la muchacha, sonriendo, al joven alemán—. ¿Es eso lo que dijo hace un momento que no puede averiguar? Bueno, si la señora Steuben se calla, nunca lo sabrá.

La señora Steuben sacudió la cabeza con aire soñador.

—Bueno, a un sureño no le cuesta nada estar callado. Hay una especie de languidez en nuestra sangre. Además, hoy tenemos que estarlo. Pero esta noche tengo que mostrar algo de energía. Tengo que llevarla hasta el final de la Avenida Pennsylvania. —Pandora le dio la mano al conde Vogelstein y le preguntó si creía que volverían a encontrarse. Él respondió que en Washington la gente siempre se encontraba, y que en cualquier caso no dejaría de ir a verla. Acto seguido, justo cuando las dos damas se separaban, la señora Steuben comentó que si el conde Vogelstein y la señorita Day deseaban volver a encontrarse, el picnic sería una buena oportunidad, el picnic que estaba organizando para el jueves siguiente. Consistiría en unas veinte personas brillantes, y bajarían por el Potomac hasta Mount Vernon. Vogelstein respondió que, si la señora Steuben lo consideraba lo suficientemente brillante, estaría encantado de unirse al grupo; y se le indicó la hora para la que se había fijado la cita.

Permaneció en casa de la señora Bonnycastle después de que todos se hubieran marchado, y entonces informó a esta dama de su razón para esperar. ¿Tendría piedad de él y le haría saber, en una sola palabra, antes de irse a descansar —pues sin ella el descanso sería imposible— cuál era este famoso tipo al que pertenecía Pandora Day?

—¡Santo cielo, no me dirá que aún no ha descubierto ese tipo! —exclamó la señora Bonnycastle, con un retorno de su hilaridad—. ¿Qué ha es-

tado haciendo toda la noche? ¡Ustedes los alemanes podrán ser minuciosos, pero ciertamente no son rápidos!

Fue Alfred Bonnycastle quien finalmente se apiadó de él.

—Mi querido Vogelstein, ella es el fruto más reciente y fresco de nuestra gran evolución americana. ¡Es la muchacha hecha a sí misma!

Vogelstein miró fijamente un momento.

—¿El fruto de la gran Revolución Americana? Sí, la señora Steuben me dijo que su bisabuelo... —pero el resto de su frase se perdió en la explosión de hilaridad de la señora Bonnycastle. Continuó valientemente su interrogatorio, sin embargo, y, deseando que se definiera la definición de su anfitrión, preguntó qué podría ser la muchacha hecha a sí misma.

—Siéntese, y se lo contaremos todo —dijo la señora Bonnycastle—. Me gusta hablar así, después de que termina una fiesta. Puede fumar, si quiere, y Alfred abrirá una ventana. Bueno, para empezar, la muchacha hecha a sí misma es una característica nueva. Eso, sin embargo, ya lo sabe. En segundo lugar, no se ha hecho a sí misma en absoluto. Todos ayudamos a hacerla; nos interesamos mucho por ella.

—¡Eso es solo después de que está hecha! —interrumpió Alfred Bonnycastle—. Pero es Vogelstein quien se interesa. ¿Qué demonios le ha hecho interesarse tanto por el tema de la señorita Day?

Vogelstein explicó, lo mejor que pudo, que era simplemente el accidente de haber cruzado el océano en el vapor con ella; pero sintió la insuficiencia de esta explicación del asunto, la sintió más que sus anfitriones, que no podían saber ni cuán poco contacto real había tenido con ella en el barco, ni cuánto le habían afectado las advertencias de la señora Dangerfield, ni cuánta observación al mismo tiempo le había prodigado. Se sentó allí media hora, y la cálida y muerta quietud de la noche de Washington —en ninguna parte son las noches tan silenciosas— entraba por la ventana abierta, mezclada con un olor suave, dulce y terroso, el olor de las cosas que crecen. Antes de marcharse, había oído todo sobre la muchacha hecha a sí misma, y había algo en el cuadro que casi lo inspiraba. Era posible, sin duda, solo en América; la vida americana le había allanado el camino. No era desenvuelta, ni emancipada, ni tosca, ni ruidosa, y no había en ella, necesariamente, al menos, ni un ápice de la materia de la que está hecha la aventur-

era. Simplemente tenía mucho éxito, y su éxito era enteramente personal. No había nacido con la cuchara de plata de la oportunidad social; la había agarrado con honesto esfuerzo. Se la reconocía por muchas señales diferentes, pero principalmente, infaliblemente, por la apariencia de sus padres. Eran sus padres los que contaban la historia; siempre se veía que sus padres nunca podrían haberla hecho. Su actitud con respecto a ellos podía variar de diferentes maneras. Siendo el gran hecho por su parte que se había elevado desde un plano social inferior, haciéndolo todo ella misma, y haciéndolo con la simple palanca de su personalidad —desde este punto de vista, por supuesto, era de esperar que dejara a los autores de su ser en la sombra. A veces los tenía a su zaga, perdidos en las burbujas y la espuma que mostraban por dónde había pasado; a veces, como decía Alfred Bonnycastle, los dejaba deslizarse; a veces los mantenía en estricto confinamiento; a veces los exhibía al público en discretos atisbos, en actitudes preestablecidas. Pero la característica general de la muchacha hecha a sí misma era que, aunque frecuentemente se entendía que se dedicaba privadamente a sus parientes, nunca intentaba imponerlos a la sociedad, y era sorprendente que ella fuera mucho mejor que ellos. Ellos eran casi siempre solemnes y portentosos, y eran en su mayor parte de una respetabilidad mortal. Ella no era necesariamente esnob, a menos que fuera esnob querer lo mejor. No se encogía, no se hacía más pequeña de lo que era; al contrario, adoptaba una postura propia y atraía las cosas hacia sí. Naturalmente, solo era posible en América, solo en un país donde ciertas competencias estaban ausentes. La historia natural de esta interesante criatura fue finalmente expuesta por completo a Vogelstein, quien, mientras estaba sentado allí en la animada quietud, con el fragante aliento del mundo occidental en sus fosas nasales, se convenció de lo que ya había sospechado, que la conversación en los Estados Unidos es mucho más psicológica que en otros lugares. Otra cosa, según aprendió, por la que se conocía a la muchacha hecha a sí misma, era su cultura, que quizás era un poco demasiado obvia. Usualmente había entrado en sociedad más o menos leyendo, y su conversación solía estar adornada con alusiones literarias, incluso con citas familiares. Vogelstein no había tenido tiempo de observar este elemento en forma desarrollada en Pandora Day; pero Alfred Bonnycastle dijo que no confiaría en que ella lo mantuviera bajo control en un tête-à-tête. No hace falta decir que estas jóvenes siempre habían estado en Europa; eso solía ser lo primero que hacían. Por este medio, a veces entraban en sociedad en tierras extranjeras

antes de hacerlo en casa; había que añadir, por otro lado, que este recurso era cada vez menos valioso, pues Europa, en los Estados Unidos, tenía cada vez menos prestigio, y la gente en este último país ahora vigilaba ese camino indirecto. Todo esto se aplicaba perfectamente a Pandora Day: el viaje a Europa, la cultura (ejemplificada en los libros que leía en el barco), el borramiento de la familia. Lo único excepcional era la rapidez con la que había avanzado; pues el salto que había dado desde que la dejó en manos del señor Lansing le pareció a Vogelstein, incluso después de haber hecho todas las concesiones por la anormal homogeneidad de la sociedad americana, realmente considerable. Hacía falta toda su inteligencia para explicarlo. Cuando trasladó a su familia desde Utica, la batalla parecía virtualmente ganada.

Vogelstein la visitó al día siguiente, y el sirviente negro de la señora Steuben le informó, de la manera comunicativa de su raza, que las damas habían salido a hacer algunas visitas y a ver el Capitolio. Pandora aparentemente no había examinado hasta entonces este monumento, y el joven deseó haber sabido, la noche anterior, de su omisión, para poder haberse ofrecido como su iniciador. Hay una conexión demasiado obvia para que intente ocultarla, entre su pesar y el hecho de que al salir de la puerta de la señora Steuben se recordó a sí mismo que quería dar un buen paseo, y tomó el camino por la Avenida Pennsylvania. Su paseo se había vuelto bastante bueno para cuando llegó al gran edificio blanco que despliega sus repetidas columnatas y eleva su cúpula aislada al final de una larga perspectiva de salones y tabaquerías. Subió lentamente los grandes escalones, dudando un poco, y preguntándose por qué había venido allí. La razón superficial era bastante obvia, pero había una real detrás de ella que a Vogelstein le parecía bastante carente de la solidez que debería caracterizar los motivos de un emisario del príncipe Bismarck. La razón superficial era la creencia de que la señora Steuben haría su visita primero —probablemente solo era cuestión de dejar tarjetas— y llevaría a su joven amiga al Capitolio a la hora en que la luz amarilla de la tarde daría un tono a la blancura de sus paredes de mármol. El Capitolio era un edificio espléndido, pero le faltaba bastante tono. La curiosidad de Vogelstein por Pandora Day se había avivado mucho más que contenido por las revelaciones que se le habían hecho en el salón de la señora Bonnycastle. Era un alivio ver clasificada a la joven; pero tenía un deseo, del que no había sido consciente antes, de ver realmente hasta el final cuán bien podía una muchacha hacerse a sí misma. Sus cálculos habían sido

acertados, y solo había deambulado por la rotonda durante diez minutos, mirando de nuevo las pinturas, conmemorativas de la historia nacional, que ocupan sus paneles, y las esculturas simuladas, tan conmovedoramente características del gusto americano temprano, que adornan sus partes superiores, cuando las encantadoras mujeres que había esperado se presentaron a cargo de un guía autorizado. Fue a su encuentro, y no les ocultó que las había elegido para sí. El encuentro fue feliz por ambas partes, y las acompañó a través del interior extraño e interminable, a través de laberintos de pasajes blancos y desnudos, hacia salas legislativas y judiciales. Le pareció un lugar horrible; ya lo había visto todo antes, y se preguntó qué estaba haciendo dans cette galère. En la cámara baja había ciertas paredes embadurnadas, en el más bajo estilo de imitación, que le hacían sentirse ligeramente mareado; había un vestíbulo adornado con ingenuas estampas y fotografías de eminentes congresistas, que era demasiado serio para una broma y demasiado cómico para cualquier otra cosa. Pero Pandora estaba muy interesada; pensaba que el Capitolio era muy hermoso; era fácil criticar los detalles, pero en conjunto era el edificio más impresionante que jamás había visto. Era muy buena compañía; constantemente tenía algo que decir, pero nunca insistía demasiado; era imposible ser menos pesada, arrastrar menos, en el asunto de caminar detrás de un cicerone. Vogelstein también pudo ver que deseaba mejorar su mente; miraba los cuadros históricos, las extrañas estatuas de personajes locales ilustres, presentadas por los diferentes Estados —eran de diferentes tamaños, como si hubieran sido «numeradas», en una tienda—, hacía preguntas al conductor, y en la cámara del Senado le pidió que le mostrara los escaños de los caballeros de Nueva York. Se sentó en uno de ellos, aunque la señora Steuben le dijo que ese senador (se equivocó de escaño, cayendo en otro Estado) era un viejo horrible.

Durante la hora que pasó con ella, Vogelstein pareció ver cómo se había hecho a sí misma. Después pasearon por la magnífica terraza que rodea el Capitolio, la gran mesa de mármol sobre la que se asienta, e hicieron vagas observaciones (las de Pandora eran las más definidas) sobre el brillo amarillento del Potomac, las brumosas colinas de Virginia, el lejano frontón resplandeciente de Arlington, el paisaje crudo y de aspecto confuso. Washington estaba debajo de ellos, erizado y geométrico; las largas líneas de sus avenidas parecían extenderse hacia futuros nacionales. Pandora le preguntó a Vogelstein si alguna vez había estado en Atenas y, al responder él afirmativamente, inquirió si la eminencia en la que se encontraban no le daba una

idea de la Acrópolis en su apogeo. Vogelstein aplazó la respuesta a esta pregunta para su próximo encuentro; se alegró (a pesar de la pregunta) de inventar pretextos para volver a verla. Lo hizo al día siguiente; el picnic de la señora Steuben aún estaba a tres días de distancia. Visitó a Pandora por segunda vez, y la encontró todas las noches en el mundo de Washington. Bastó muy poco de esto para recordarle que estaba olvidando tanto las advertencias de la señora Dangerfield como las amonestaciones —largamente familiares para él— de su propia conciencia. ¿Estaba en peligro de amor? ¿Iba a ser sacrificado en el altar de la muchacha americana, un altar en el que aquellos otros pobres diablos habían derramado algo de la sangre más azul de Alemania y él mismo había declarado que nunca adoraría seriamente? Decidió que no estaba en peligro real, que había tomado demasiado bien sus precauciones. Era cierto que una joven que había tenido tanto éxito por sí misma podría ser de gran ayuda para su marido; pero Vogelstein, en conjunto, prefería que su éxito fuera propio; no le resultaría agradable tener el aire de ser empujado por su esposa. Una esposa así desearía empujarlo, y apenas podía admitir ante sí mismo que esto era lo que el destino le tenía reservado: ser impulsado, en su carrera, por una joven que quizás intentaría hablarle al Káiser como la había oído la otra noche hablarle al Presidente. ¿Consentiría en terminar las relaciones con su familia, o desearía aún tomar relieve plástico de ese trasfondo doméstico? Que su familia fuera tan imposible era, hasta cierto punto, una ventaja; pues, si hubieran sido un poco mejores, la cuestión de una ruptura sería menos fácil. Vogelstein dio vueltas a estas preguntas a pesar de su seguridad, o, quizás, de hecho, a causa de ella. La seguridad las hacía especulativas y desinteresadas.

Lo atormentaron durante la excursión a Mount Vernon, que tuvo lugar según tradiciones largamente establecidas. Los confederados de la señora Steuben se reunieron en el vapor, y fueron puestos a flote en la gran corriente marrón que ya le había parecido a Vogelstein tener demasiado pecho y muy poca orilla. Aquí y allá, sin embargo, tomó conciencia de una orilla donde había algo que mirar, aunque al mismo tiempo era consciente de que antiguamente había perdido grandes oportunidades de conversación idílica al no sentarse junto a Pandora Day en la cubierta del North German Lloyd. Los dos se dieron la vuelta juntos para contemplar Alexandria, que para Pandora, según declaró, era una imagen de la Vieja Virginia. Le dijo a Vogelstein que siempre oía hablar de ella durante la Guerra de Secesión, años

antes. Por niña que hubiera sido en aquel entonces, recordaba todos los nombres que estaban en boca de la gente durante aquellos años de reiteración. Este lugar histórico tenía una cierta pintoresquismo de decadencia, una referencia a cosas más antiguas, a un pasado dramático. El pasado de Alexandria aparecía en la perspectiva de tres o cuatro calles cortas, que subían una colina y estaban bordeadas de viejos almacenes de ladrillo, erigidos para mercancías que habían dejado de ir o venir. Parecía caluroso, vacío y somnoliento, hasta la deslucida orilla, donde negros harapientos colgaban sus pies descalzos del borde de muelles podridos. Pandora estaba aún más interesada en Mount Vernon (cuando al fin su farallón boscoso comenzó a dominar el río) de lo que lo había estado en el Capitolio, y después de que hubieron desembarcado y ascendido a la célebre mansión, insistió en entrar en todas las habitaciones que contenía. Declaró que tenía la situación más hermosa del mundo, y que era una lástima que no se la dieran al Presidente para su residencia de campo. La mayoría de sus compañeros habían visto la casa a menudo, y ahora se emparejaban en los terrenos, según sus simpatías, de modo que a Vogelstein le resultó fácil ofrecer el beneficio de su propia experiencia al miembro más inquisitivo del grupo. No almorzarían hasta dentro de una hora, y en el intervalo Vogelstein deambuló con Pandora. El aliento del Potomac, en el barco, había sido un poco áspero, pero en el césped suavemente curvado, bajo los árboles agrupados, con el río relegado a una mera presencia brillante muy abajo y en la distancia, el día no desprendía más que su dulzura, toda la escena se volvió noble y genial.

Vogelstein podía bromear un poco en las grandes ocasiones, y la presente era digna de su humor. Sostuvo ante su compañera que la mansión superficial y pintada parecía una casa falsa, un «telón», una estructura de lienzo embadurnado en el escenario; pero ella le respondió tan bien con ciertos palacios económicos que había visto en Alemania, donde, según dijo, no había más que estufas de porcelana y pájaros disecados, que se vio obligado a admitir que el hogar de Washington era después de todo realmente *gemütlich*. Lo que encontró así, de hecho, fue la suave textura del día, su situación personal, la dulzura de su suspense. Pues el suspense se había convertido decididamente en su porción; estaba bajo un encanto que le hacía sentir que estaba observando su propia vida, y que sus susceptibilidades estaban fuera de su control. Pendía sobre él que las cosas pudieran tomar un giro, de una hora a otra, que las haría muy diferentes de lo que habían sido hasta entonces; y su corazón ciertamente latía un poco más

rápido mientras se preguntaba cuál podría ser ese giro. ¿Por qué acudía a picnics en fragantes días de abril con muchachas americanas que podrían llevarlo demasiado lejos? ¿No se alegrarían tales muchachas de casarse con un conde pomerano? Y, después de todo, ¿le hablarían así al Káiser? Si se casara con una de ellas, tendría que darle algunas lecciones. En su pequeño recorrido por la casa, Vogelstein y su compañera habían tenido muchísimos otros visitantes, que también habían llegado en el vapor, y que hasta entonces no les habían dejado una privacidad ideal. Pero los otros se dispersaron gradualmente; circulaban alrededor de una especie de feriante, que era el guía autorizado, un hombre grande, lento, genial, familiar, con una gran barba y un tono caprichoso, edificante y condescendiente, que tenía un éxito inmenso cuando se detenía aquí y allá para exponer sus puntos, para pasar la mirada por su rebaño atento, luego fijarla muy por encima con una mirada meditativa, y soltar alguna antigua agudeza como si fuera una inspiración repentina. Hizo algo alegre incluso de una visita a la tumba del pater patriae. Está consagrada en una especie de gruta en los terrenos, y Vogelstein le comentó a Pandora que era un buen hombre para el lugar, pero que era demasiado familiar.

—Oh, habría sido familiar con Washington —dijo la muchacha, con la brillante sequedad con la que a menudo pronunciaba cosas divertidas. Vogelstein la miró un momento, y se le ocurrió, mientras sonreía, que ella misma probablemente no se habría sentido cohibida ni siquiera por el héroe con quien la historia se ha tomado menos libertades.

—Parece como si apenas pudiera creerlo —continuó Pandora—. Ustedes los alemanes siempre sienten tanto temor por la gente importante. —Y a Vogelstein se le ocurrió que quizás, después de todo, a Washington le habría gustado su manera, que era maravillosamente fresca y natural. El hombre de la barba era un cicerone ideal para los santuarios americanos; jugaba con la curiosidad de su pequeño grupo con el toque de un maestro, y los apartó para ver la clásica nevera donde se había encontrado a la anciana llorando creyendo que era la tumba de Washington. Mientras se inspeccionaba este monumento, Vogelstein y Pandora tuvieron la casa para ellos solos, y pasaron algún tiempo en una bonita terraza, a la que daban ciertas ventanas del segundo piso, una pequeña veranda sin techo, que dominaba, en cierto modo, oblicuamente, toda la magnificencia de la vista, la inmensa extensión del río, las artísticas plantaciones, el jardín del siglo pasado, con sus

grandes setos de boj y restos de antiguos espalderas. Se demoraron aquí casi media hora, y fue en este lugar donde Vogelstein disfrutó del único acercamiento a una conversación íntima que el destino le tenía reservado con una joven en la que no había podido persuadirse de que no estaba interesado. No es necesario, y no es posible, que reproduzca este coloquio; pero puedo mencionar que comenzó mientras se apoyaban en el parapeto de la terraza y oían la alegre voz del feriante llegar hasta ellos desde la distancia, con él diciéndole a ella, con bastante brusquedad, que no podía entender por qué no habían hablado más juntos cuando cruzaron el océano.

—Bueno, yo sí puedo, si usted no puede —dijo Pandora—. Habría hablado, si usted me hubiera hablado. Yo le hablé primero.

—Sí, lo recuerdo —replicó Vogelstein, con bastante torpeza.

—Escuchó demasiado a la señora Dangerfield.

—¿A la señora Dangerfield?

—Esa mujer con la que siempre estaba sentado; ella le dijo que no me hablara. La he visto en Nueva York; ahora ella misma me habla. Le recomendó que no tuviera nada que ver conmigo.

—Oh, ¿cómo puede decir cosas tan terribles? —murmuró el joven, sonrojándose intensamente.

—Sabe que no puede negarlo. No le atrajo mi familia. Son gente encantadora cuando los conoces. No me lo paso mejor en ningún sitio que en casa —continuó la muchacha, lealmente—. Pero, ¿qué importa? Mi familia es muy feliz. Se están acostumbrando bastante a Nueva York. La señora Dangerfield es una miserable vulgar; el próximo invierno me visitará.

—Es usted diferente a cualquier muchacha que haya visto; no la entiendo —dijo el pobre Vogelstein, con el color aún en el rostro.

—Bueno, probablemente nunca me entenderá; pero, ¿qué más da?

Vogelstein intentó decirle qué diferencia había, pero no tengo espacio para seguirlo aquí. Se sabe que cuando la mente alemana intenta explicar las cosas no siempre las reduce a la simplicidad, y Pandora primero quedó desconcertada, luego divertida, por algunas de las revelaciones de su compañero. Al final creo que se asustó un poco, pues comentó, irrelevantemente, con cierta decisión, que el almuerzo estaría listo y que debían unirse

a la señora Steuben. Él caminó lentamente, a propósito, mientras salían juntos de la casa, pues tenía la vaga sensación de que la estaba perdiendo.

—¿Y estará usted en Washington muchos días más? —le preguntó, mientras caminaban.

—Todo dependerá. Estoy esperando algunas noticias. Lo que haga estará influenciado por eso.

La forma en que hablaba de esperar noticias le hizo sentir, de algún modo, que ella tenía una carrera, que era activa e independiente, de modo que apenas podía esperar detenerla al pasar. Ciertamente era verdad que nunca había visto a ninguna muchacha como ella. Se le habría ocurrido que las noticias que esperaba podrían tener referencia al favor que le había pedido al Presidente, si no hubiera decidido ya —en la calma de la meditación después de aquella conversación con los Bonnycastle— que este favor debía ser una broma. Lo que ella le había dicho tuvo un efecto desalentador, un tanto frío; no obstante, no fue sin cierto ardor que le preguntó si, mientras ella permaneciera en Washington, él no podría ir a verla.

—Puede venir tan a menudo como quiera —respondió ella—; pero no le importará por mucho tiempo.

—Intenta atormentarme —dijo Vogelstein.

Ella vaciló un momento.

—Quiero decir que podría tener a algunos de mi familia.

—Estaré encantado de volver a verlos.

Ella vaciló de nuevo.

—Hay algunos que nunca ha visto.

Por la tarde, regresando a Washington en el vapor, el conde Vogelstein recibió una advertencia. Provenía de la señora Bonnycastle, y constituía, curiosamente, la segunda ocasión en que una amiga oficiosamente femenina le había aconsejado, en la cubierta de un barco, sobre el tema de Pandora Day.

—Hay una cosa que olvidamos decirle la otra noche sobre la muchacha hecha a sí misma —dijo la señora Bonnycastle—. Nunca es seguro fijar sus

afectos en ella, porque casi siempre tiene un impedimento en algún lugar del trasfondo.

Vogelstein la miró de soslayo, pero sonrió y dijo:

—Entendería un poco mejor su información —por la cual le estoy muy agradecido— si supiera a qué se refiere con un impedimento.

—Oh, quiero decir que siempre está comprometida con algún joven que pertenece a su fase anterior.

—¿Su fase anterior?

—El tiempo antes de que se hubiera hecho a sí misma, cuando vivía en casa. Un joven de Utica, digamos. Usualmente tienen que esperar; probablemente está en una tienda. Es un compromiso largo.

—¿Se refiere a un compromiso formal, para casarse?

—No me refiero a nada alemán y trascendental. Me refiero a esa institución peculiarmente americana, un compromiso precoz; para casarse, por supuesto.

Vogelstein reflexionó muy apropiadamente que de nada le servía haber entrado en la carrera diplomática si no era capaz de comportarse como si esta interesante generalización no tuviera ningún mensaje particular para él. Además, le hizo justicia a la señora Bonnycastle al creer que no habría abordado el tema tan casualmente si hubiera sospechado que lo haría estremecerse. Todo era una de sus bromas, y la notificación, además, era realmente amistosa.

—Ya veo, ya veo —dijo al cabo de un momento—. La muchacha hecha a sí misma, por supuesto, siempre ha tenido un pasado. Sí, y el joven de la tienda —de Utica— es parte de su pasado.

—Lo expresa usted perfectamente —dijo la señora Bonnycastle—. No podría decirlo mejor yo misma.

—Pero, con su presente... con su futuro, supongo que todo ha terminado. ¿Cómo se dice en América? Lo deja escurrirse.

—¡No lo decimos en absoluto! —gritó la señora Bonnycastle—. No hace nada de eso; ¿por quién la toma? Se aferra a él; eso, al menos, es lo que esperamos que haga —añadió la señora Bonnycastle, más pensativa—. Como

le digo, el tipo es nuevo. Aún no hemos tenido tiempo para observaciones completas.

—Oh, por supuesto, espero que se aferre a él —declaró Vogelstein, sencillamente, y con su acento alemán más aparente, como siempre lo era cuando estaba ligeramente agitado.

Durante el resto del viaje estuvo bastante inquieto. Deambuló por el barco, hablando poco con los excursionistas que regresaban. Hacia el final, mientras se acercaban a Washington, y la cúpula blanca del Capitolio flotaba en lo alto ante ellos, pareciendo tan simple como una bola de nieve suspendida, se encontró, en la cubierta, cerca de la señora Steuben. Se reprochó haberla descuidado bastante durante un entretenimiento por el cual estaba en deuda con su generosidad, y trató de reparar su omisión con una pequeña charla amistosa. Pero lo único que se le ocurrió decirle fue preguntarle por casualidad si la señorita Day estaba, que ella supiera, comprometida.

La señora Steuben volvió sus ojos sureños hacia él con una mirada de compasión casi romántica.

—¿Que yo sepa? ¡Pues claro que lo sabría! Pensaría que usted también lo sabría. ¿No sabía que estaba comprometida? Pues lleva comprometida desde los dieciséis años.

Vogelstein miró fijamente la cúpula del Capitolio.

—¿Con un caballero de Utica?

—Sí, un nativo de su lugar. Lo está esperando pronto.

—Oh, me alegro mucho de oírlo —dijo Vogelstein, quien, decididamente, para su carrera, prometía—. ¿Y se va a casar con él?

—Bueno, ¿para qué se compromete la gente? Supongo que se casarán pronto.

—Pero, ¿por qué nunca lo han hecho en tantos años?

—Bueno, al principio ella era demasiado joven, y luego pensó que su familia debía ver Europa —por supuesto, podían verla mejor con ella—, y pasaron algún tiempo allí. Y luego el señor Bellamy tuvo algunas dificultades comerciales que le hicieron sentir como si no quisiera casarse en ese

momento. Pero ha dejado los negocios, y supongo que se siente más libre. Por supuesto, es bastante largo, pero todo el tiempo han estado comprometidos. Es un amor verdadero, verdadero —dijo la señora Steuben, que tenía una manera un poco aflautada de pronunciar el adjetivo.

—¿Se llama señor Bellamy? —preguntó Vogelstein, con su recuerdo persistente—. D. F. Bellamy, ¿eh? ¿Y ha estado en una tienda?

—No sé qué tipo de negocio era: era algún tipo de negocio, en Utica. Creo que tenía una sucursal en Nueva York. Es uno de los principales caballeros de Utica, y muy culto. Es bastante mayor que la señorita Day. Es un hombre muy bueno. Tiene una posición muy alta en Utica. No sé por qué parece como si lo dudara.

Vogelstein aseguró a la señora Steuben que no dudaba de nada, y de hecho lo que ella le dijo le pareció tanto más creíble cuanto que le pareció eminentemente extraño. Bellamy había sido el nombre del caballero que, un año y medio antes, debía haberse encontrado con Pandora a la llegada del vapor alemán; fue en nombre de Bellamy que ella se había dirigido con tanta efusividad al amigo de Bellamy, el hombre del sombrero de paja, que estaba a punto de hurgar en la ropa vieja de su madre. Este era un hecho que a Vogelstein le pareció que completaba el cuadro de sus contradicciones; actualmente no necesitaba ningún toque para estar completo. Sin embargo, incluso mientras pendía allí ante él, continuó fascinándolo, y lo miró fijamente, desvinculado de las cosas circundantes, y sintiéndose un poco como si lo hubieran arrojado de un vehículo volcado, hasta que el barco golpeó contra uno de los pilotes salientes del muelle en el que el grupo de la señora Steuben iba a desembarcar. Hubo cierta demora en ajustar el vapor al muelle, durante la cual los pasajeros permanecieron observando el proceso por la borda, y extrayendo el entretenimiento que pudieran de la aparición de las diversas personas reunidas para recibirlo. Había negros, holgazanes y cocheros, y también individuos con mechones en la barbilla, mondadientes en la boca, las manos en los bolsillos, rumiando en las mandíbulas y alfileres de diamantes en las pecheras, que parecían haber venido paseando desde la Avenida Pennsylvania para pasar media hora, abandonando durante ese intervalo sus diversas posturas inclinadas en los pórticos de los hoteles y las entradas de los salones.

— ¡Oh, qué alegría! ¡Qué amable de su parte bajar! — Fue una voz cercana al hombro de Vogelstein la que pronunció estas palabras, y el joven secretario de legación no necesitó volverse para ver de quién procedían. Había estado en sus oídos la mayor parte del día, aunque, como ahora percibía, sin la más plena riqueza de expresión de la que era capaz. Menos aún se vio obligado a volverse para descubrir a quién iban dirigidas, pues las pocas y sencillas palabras que he citado habían sido lanzadas a través del intervalo de agua que se estrechaba, y un caballero que se había acercado al borde del muelle sin que Vogelstein lo observara, devolvió una respuesta inmediata.

— Llegué aquí en el tren de las tres. Me dijeron en la Calle K dónde estaba usted, y pensé en bajar a encontrarla.

— ¡Encantadora atención! — dijo Pandora Day, con su risa amigable; y por unos momentos ella y su interlocutor parecieron continuar la conversación solo con la mirada. Mientras tanto, los de Vogelstein tampoco estaban ociosos. Miró al visitante de Pandora de pies a cabeza, y fue consciente de que ella desconocía por completo su propia proximidad. El caballero ante él era alto, apuesto, bien vestido; evidentemente, se mantendría bien no solo en Utica, sino, a juzgar por la forma en que se había plantado en el muelle, en cualquier posición que las circunstancias pudieran obligarlo a adoptar. Tenía unos cuarenta años; lucía un bigote negro y una mirada de hombre de negocios. Saludó con una mano enguantada a Pandora, como si, cuando ella exclamó: «¡Cielo santo, ¿no tardan?!», la instara a tener paciencia. Ella tuvo paciencia durante un minuto, y luego le preguntó si tenía alguna noticia. Él la miró brevemente, en silencio, sonriendo, después de lo cual sacó de su bolsillo una carta grande, con un sello de aspecto oficial, y la agitó jocosamente sobre su cabeza. Esto se hizo discreta, encubiertamente. Nadie pareció observar la pequeña entrevista excepto Vogelstein. El barco ahora tocaba el muelle, y el espacio entre la pareja era insignificante.

— ¿Departamento de Estado? — preguntó Pandora, bajando la voz.

— Así lo llaman.

— Bueno, ¿qué país?

— ¿Cuál es su opinión sobre los holandeses? — preguntó el caballero, a modo de respuesta.

— ¡Oh, cielo santo! — gritó Pandora.

— Bueno, ¿va a esperar el viaje de regreso? — dijo el caballero.

Vogelstein se dio la vuelta, y al poco tiempo la señora Steuben y sus compañeros desembarcaron juntos. Cuando esta dama entró en un carruaje con Pandora, el caballero que había hablado con la muchacha los siguió; los demás se dispersaron, y Vogelstein, declinando con agradecimiento un «aventón» de la señora Bonnycastle, caminó solo a casa, sumido en una intensa meditación. Dos días después vio en un periódico un anuncio de que el Presidente había ofrecido el puesto de Ministro en Holanda al señor D. F. Bellamy, de Utica; y en el transcurso de un mes se enteró por la señora Steuben de que el largo compromiso de Pandora había terminado en el altar nupcial. Comunicó esta noticia a la señora Bonnycastle, que no la había oído, con la observación de que ahora había base para una nueva inducción sobre la muchacha hecha a sí misma.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB